

BOLSIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

MUERTE BAJO CERO

Albert Rosbund



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

SS

SERVICIO SECRETO



ALBERT ROSBUND

MUERTE BAJO CERO

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.469

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 26.148 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1978

© Albert Rosbund - 1978

Texto

© Desilo - 1978

Cubierta

**Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)**

**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o
hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.**

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1978**

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

360. - Le llaman Murderer.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

337. - La estrella y la fosa.

En Colección PUNTO ROJO:

836. - Hombre en la trampa.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.417. - Cuanto más muerta, más guapa.

Para mi madre y mi hermana, en recuerdo de los
momentos vividos allí, en Garmisch, con papá

PRÓLOGO

La nieve tenía el sarampión.

Era un pensamiento a primera vista, estúpido tal vez. Lo cierto es que el blanco y gélido suelo presentaba unas hermosas manchas escarlatas. Y huellas de pisadas, bastante recientes.

Sigismund Schneider, encargado del Eckbauerbahn, funicular que lleva desde el Skistadion a los 1236 metros de altitud del Eckbauer, se quedó mirando, con el ceño fruncido, aquellas señales. Se llevó una mano a la cabeza, con la intención de mesarse preocupadamente los cabellos, pero se encontró con el gorro de lana que le protegía. Fue un movimiento maquinal. Bien, si él todavía continuaba viendo a la perfección, como así le había informado el oculista en la última revisión, aquellas señales correspondían a los pasos vacilantes de un ser humano y a... a sangre. Sangre, todavía fresca.

El encargado del funicular hacía unos minutos escasos que había dado por finalizado el servicio. Se dirigía hacia la ciudad, hacia su casa, hacia el bien merecido descanso. Ahora, extrañado por lo que tenía ante sí, decidió cambiar el rumbo de sus pasos. Y siguió aquellas huellas, de botas y de sangre.

No tuvo que andar mucho por el descampado frontero a la pequeña estación de Haltestelle Kainzenbad, cercana al Skistadion.

Aquellas irregulares huellas de pisadas, de hombre que difícilmente se podía tener en pie, que trastabillaba, se terminaban enseguida. Pero no así la sangre.

La sangre lo llenaba todo alrededor del hombre caído. Éste, en una postura harto grotesca sobre la nieve, parecía un enorme odre reventado, soltando borbotones rojos por todos lados. Lo habían acuchillado salvajemente.

La luz de las lejanas farolas llegaba al escenario del crimen, tenuemente. El cielo estaba encapotado, y no se veía una sola

estrella. Sigismund Schneider miró incrédulamente al hombre envuelto en sangre. Luego, cuando su mente logró asimilar aquella horrible carnicería, echó a correr, espantado.

En busca de la policía.

CAPÍTULO PRIMERO

—Parece mentira que con tanta puñalada, este hombre haya podido caminar...

—Sólo fueron unos metros. Además, era un hombre corpulento, fuerte...

—Se presenta la agente Heidi Hein —dijo una tercera voz, esta femenina.

Los dos hombres que comentaban entre sí, giraron sus rostros. Era alta, rubia y bella. Su cuerpo quedaba un tanto desfigurado por la abundante ropa de abrigo.

—Oh, usted... —exclamó, no muy animado el más joven de los dos hombres, de unos treinta años de edad, espigado y de facciones enérgicas.

—Lamento haberme retrasado un poco —se disculpó ella, moviéndose hacia la izquierda y coincidiendo entonces en su rostro los faros de uno de los coches que allí había iluminado el escenario del crimen. Poseía unos ojos verdes, una naricilla algo respingona y una boca un poquito grande, de labios levemente pintados.

—Ya le dije por teléfono que no era del todo necesaria. Podía haberse quedado en la cama...

—El comisario Mittermaier me designó como ayudante suya, y debo cumplir con mi deber.

—Sí, claro...

—¿Saben quién es el muerto?

—No, aún no.

—Bien, ¿por dónde comenzamos?

—Eeehhh...

—Inspector, no le veo muy animado con mi presencia.

—No, no...

—Sí, sí. Soy una mujer, y usted piensa que una mujer no sirve para este trabajo. Lo observé el día que el comisario Mittermaier

nos reunió en su despacho.

—No se lance, agente Hein, por favor. Ande, vayamos a ver el cadáver. Por cierto, ¿conoce al médico forense Berger? Aquí, la agente Hein.

—Tanto gusto.

Se estrecharon las diestras. El forense era un hombre más bien rechoncho, carirredondo, que estaría ya rondando los cincuenta años de edad.

—Le advierto que el muerto no está nada presentable —dijo por el camino el inspector Horst Steddin—. No había visto un crimen así en mucho tiempo.

Él la miró a la cara con una sonrisita, y ella se mordió el labio inferior y no dijo nada.

El fotógrafo de la policía estaba tirando las últimas placas. Al ver llegar al inspector, las linternas de los oficiales uniformados que habían acudido en primer lugar al escenario del crimen, se encendieron y sus chorros de luz incidieron sobre el cadáver ensangrentado.

Si el inspector Steddin esperaba recogerla antes de que se desplomara en el suelo, se llevó un gran chasco. La agente Hein miró al muerto con curiosidad, incluso tomó una de las linternas de uno de los policías uniformados y con ella se ayudó para observar más detenidamente el rostro del cadáver.

—¿Ocurre algo? —preguntó el inspector Horst Steddin, frunciendo el ceño.

Heidi Hein devolvió la linterna al policía uniformado y luego se encaró a su superior.

—Conozco a este hombre, inspector —dijo.

—¿Quién es?

—¿No le encontraron documentación encima?

—Aún no lo hemos tocado. Esperamos la llegada del juez de un momento a otro, para el levantamiento del cadáver.

—Ah, ya.

—Pero ¿quién es?

—Günter Meisner.

—No me dice nada.

—Lo supongo —sonrió ella por primera vez.

—Deje a un lado las ironías.

—Se trata de un industrial muniqués, muy aficionado al cine. Por ello lo conozco. Yo suelo leer revistas de cine. A veces ha aparecido en ellas. Se dedica a la producción; ha financiado muchas películas, sobre todo del género de comedia erótica.

—Está usted muy enterada.

—También creo haber leído que hace unos meses se casó por segunda vez, con una joven actriz.

—¿De las revistas de cine?

—No, inspector. De algo ha de servir que las mujeres leamos de vez en cuando alguna revista del corazón, ¿no le parece?

Los dos agentes que se encargaban de los aspectos técnicos se acercaron al trío.

—Inspector...

—¿Sí, Harald?

—No hay nada que hacer con las huellas. Están esfuminadas y se pierden junto a la estación.

—¿Cómo es eso? —preguntó ella.

—Muy fácil, señorita. El asesino, porque no cabe la menor duda de que esto lo hizo una sola persona, al mismo tiempo que caminaba de espaldas fue borrando las huellas de sus botas con un guante, las mismas manos, o vaya usted a saber qué. Lo cierto es que esa especie de franja de nieve removida muere junto a la pequeña estación. Ahí ya se confundió con el resto de las pisadas de viajeros, curiosos, transeúntes, etc.

—O también pudo dar un rodeo y volver a la estación del funicular^[1]. Por lo que hablamos con el encargado de ésta al llegar, hubo un cliente de última hora —apuntó el otro.

El inspector Steddin cabeceó, asintiendo. La agente Hein sacó un cuaderno de notas y bolígrafo de su bolso.

—¿Apuntó los datos proporcionados por ese encargado, inspector? —preguntó ella.

—No.

—Entonces lo haré yo.

—Tengo buena memoria, agente.

—Es mejor apuntar las cosas. Puede ser de vital importancia ese dato, una vez sepamos por el forense a qué hora exacta murió Meisner.

—Bien. Haga lo que quiera —exclamó, impaciente. Ella se alejó

y él agregó—: ¿Por qué tardará tanto ese estúpido de Honz?

—Seguro que aún no lo han encontrado —aventuró el forense, frotándose las manos enguantadas—. Todo el mundo conoce la debilidad del juez: meterle mano a las rubias.

—Pues yo estoy deseando meterle mano al muerto.

El inspector Steddin desvió la mirada hacia la derecha y observó cómo la agente Hein se introducía en uno de los autos-patrulla, junto al atemorizado encargado de la estación del funicular.

—¿Nombre? —le preguntó ella, agradeciendo ambos el leve calorcillo del interior del coche.

Sigismund Schneider respondió con voz insegura. La visión del cadáver bestialmente acuchillado aún no había podido borrarla de sus retinas.

—¿Cómo fue el descubrimiento?

Se lo contó a trompicones, parpadeando excesivamente. Estaba muy nervioso.

—¿A qué hora fue?

—Bueno, teniendo en cuenta que cerré a las doce...

—¿Seguro que eran las doce?

—Seguro, señorit... agente. Soy extremadamente puntual. A las doce en punto.

—¿Y?

—Bueno, serían las doce y cinco cuando lo vi...

—¿Estaba muerto?

—Sí, sí.

—¿No dijo nada?

—No...

—¿Ni se movió?

—Tampoco.

—¿Aún le salía sangre por las heridas?

—Sí.

—Luego no hacía mucho que lo habían acuchillado.

—Eso supongo.

—Lo acuchillaron, caminó unos metros tambaleante y se derrumbó muerto.

—Eso supongo —repitió.

—¿Usted no oyó ni vio nada?

—No. Mi estación de servicio está algo alejada de aquí. Además,

siempre estoy en el interior. Como comprenderá, con este tiempo y a estas horas no apetece nada estar fuera.

—¿Y qué hay de la mujer de la taquilla? Porque usted es el que se encarga de asegurar a los viajeros en las cabinas...

—Bueno, ya se lo conté también a sus compañeros...

—Repítamelo a mí.

—Se encontró indispuesta a eso de las once, así que le dije que se marchara. Total, a esa hora, aunque estamos en el comienzo del fin de semana, la clientela es mínima por no decir nula. Yo podía arreglármelas perfectamente solo.

—Deme el nombre y la dirección de la taquillera... si es que lo sabe.

—Sí, sí. Pero le aseguro que es una buena chica y...

—Por favor...

—Krista Hubschmid. Silberackerstrasse, diecisiete. No es muy lejos de aquí.

—Gracias.

—¿Algo más?

—Sí. Parece ser que hubo un cliente de última hora.

—En efecto.

—¿Lo reconoció?

—No.

—Entonces, ¿no era nadie habitual?

—No.

—¿A qué hora fue eso?

—Un poco antes de cerrar.

—Precise.

—Entre las doce menos diez y las doce menos cinco. Sí, sobre esa hora.

—¿Observó algo anormal en él?

—No.

—¿Ninguna mancha llamativa?

—¿Sa... sangre?

—Eso es.

—No.

—¿Dijo algo?

—Oh, sí. Mientras le ataba comentó que el tiempo estaba empeorando y que esta madrugada comenzaría a nevar de nuevo.

—¿Sólo eso?

—Sí.

—¿Cómo era?

—¿Qué?

—¿Cómo eran los rasgos de ese hombre?

—Rostro seco, de facciones angulosas, ojos oscuros, al hablar mostraba una pequeña mella entre los dientes delanteros...

Por supuesto, aquel hombre no entendía de tecnicismos bucales y por tanto ella se abstuvo de hablar de incisivos medios y de arcos dentarios superior e inferior. Conocía su oficio y sabía que debía ponerse al nivel del interrogado si quería llegar a alguna parte.

—¿Los dientes delanteros de arriba o de abajo?

El hombre la entendió perfectamente. Sonrió por primera vez.

—Los de arriba. —Y por si ella no le entendía le señaló los suyos.

—Y de su edad, ¿qué?

—Un hombre más bien mayor. Entre los cuarenta y cinco y los cincuenta años.

—¿Alto o bajo?

—Estatura media.

—¿Gordo o delgado?

—Delgado.

—¿Qué vestía?

—Lo que casi todo el mundo. Un grueso jersey de lana, blanco, y sobre él una costosa pelliza. Pantalones oscuros, botas... Y, ¡ah! un gorro de lana azul.

—¿Lo reconocería si volviera a verlo?

—Por supuesto que sí. Y es el último ser vivo que vi antes de ustedes, la policía.

—Muy bien. Gracias, señor Schneider.

Ella salió del coche y él permaneció dentro, inamovible. La agente Hein le miró, dubitativa.

—¿Puedo permanecer en el interior hasta que ustedes me den permiso para volver a casa? —preguntó el hombre amablemente.

—Bueno —se encogió de hombros ella. Dio media vuelta y caminó hacia dónde se encontraba el inspector Steddin. El grupo había aumentado en una unidad más, también el número de coches.

El recién llegado era un regordete de ojillos simpáticos y barbilla

afilada. Enseguida fijó su mirada en la agente Hein.

—¿De dónde ha salido esa preciosidad? —exclamó.

Todos los que se hallaban registrando al muerto, procurando mancharse lo menos posible, giraron sus cabezas.

—¡Y además, rubia!

—Es mi ayudante, la agente Hein, juez Honz —dijo el inspector Steddin, en cucullas junto al cadáver.

—Esto es la obra de un carnicero —comentaba el médico forense—. Un poco más y le saca las tripas.

—Günter Meisner, industrial, con domicilio en la Maximilianstrasse, München —recitó uno de los técnicos en huellas leyendo la documentación del muerto.

—Tenía yo razón, ¿no, inspector? —sonrió ella llegando hasta el grupo.

—Así es —se puso en pie Steddin.

—Permítame presentarme —se colocó entre los dos el hombre regordete—. Juez Honz. Creo que hasta ahora no hemos tenido el gusto de cruzarnos, señorita...

—Heidi Hein.

—Ya se lo había dicho, Honz. Se llama Hein. Agente Hein.

—¡Oh, Heidi...! ¡Cómo la deliciosa muchachita del cuento de Johanna Spyri!

La joven policía —no contaría más allá de los veinticinco años —, hizo una mueca. Estrechó sin ganas la mano del juez Honz.

El juez Honz, sin dejar de embelesarse con el bello rostro de la mujer, dijo displicente:

—Sí, sí. ¡Al diablo el muerto!

—¿Algo en claro, agente Hein? —le preguntó el inspector Steddin.

—Esperemos al informe del forense —miró a éste—. Procure precisar lo más posible la hora de la muerte, doctor.

—Habrá que descontar a esa hora un par de minutos al menos, lo que debió tardar en llegar hasta aquí y morirse, para tener la hora en que fue acuchillado...

—Ya lo había pensado, inspector.

—Sí, me había olvidado que tengo al lado a uno de los más brillantes policías femeninos salidos de la Academia.

—Y el más bello —añadió el juez—. O bella. ¿Cuándo está usted

libre, señorita?

—Ahora voy a tener mucho trabajo. Ya nos veremos en otra ocasión, juez.

—En Garmisch no se muere violentamente todos los días.

—Tendrá que esperar.

—Bueno, yo me retiro, señores —dijo el médico forense—. Buenas noches, si es que a esto se le puede llamar buenas. Tendrá un informe completo, agente Hein.

—Adiós, doctor.

Berger se fue tras la ambulancia.

—Creo que hemos terminado por ahora —concluyó Steddin, chasqueando la lengua—. Muchachos, a los coches. La cama nos espera.

—¿Y si nos fuéramos juntos, señorita Heidi? —le propuso el juez, trotando tras ella—. Conozco una sala de fiestas que...

Ella dio media vuelta para encararlo. El juez no pudo frenar y tropezó contra su cuerpo. Para no caerse se agarró con las manos a las caderas de ella.

Heidi Hein lo tomó de los brazos y apartó con gesto aprensivo y casi insultante las manos de él, dejándolas caer.

—Mire, juez —le dijo—. He dejado a mi amigo en la cama por venir aquí. ¿No cree que sería muy feo que le diera plantón toda la noche?

—Oh, oh —balbuceó Honz.

—Buenas noches.

Ella se reunió con el inspector, quien había escuchado buena parte de aquellas palabras.

—Ya le dije cuando la llamé por teléfono que sólo era para cumplir con las órdenes del comisario, que por esta noche no me era excesivamente necesaria su ayuda. Lamento haberla interrumpido en su...

—No hay tal amigo, inspector.

—¿No?

—Sólo quería quitarme de encima a ese pesado.

—Ajá.

—¡Oiga!

—¿Sí?

—¿Cómo nos vamos sin antes pasarnos por la estación del tren?

Tal vez alguno de los empleados...

—Sólo hay un empleado. Un vigilante.

—Bien. Posiblemente él...

—Mientras usted venía para acá, yo ya hablé con él. Pero como supongo que querrá tomar nota de todo, ande, saque el cuaderno y el bolígrafo. Yo le dictaré los resultados para que no tenga que ir a interrogarlo.

—Usted dirá, inspector.

—Primero: el vigilante no oyó nada. Segundo: el vigilante no vio a nadie. Tercero: el vigilante dormía como un tronco. ¿Satisfecha?

—¿Me toma usted el pelo?

—No. Lo encontramos dormido junto a una estufa eléctrica y un despertador.

—¿Tampoco vieron ustedes a nadie por los alrededores?

—Tampoco. ¿Podemos retirarnos ya a dormir?

—No tiene por qué pedirme permiso. Usted es el jefe.

—Con usted, lo dudo.

—Por cierto...

—¿Ve?

—No sabe lo que iba a decir.

—Apuesto a que iba a hablar sobre el trabajo de mañana. —Ella miró hacia otro lado—. Nos veremos en la Central a las nueve. Entonces lo discutiremos. Éste es mi coche. Hasta mañana, agente Hein.

—Hasta mañana.

Ella se alejó hacia su auto, un «Opel Kadett», se introdujo en él, lo puso en marcha y arrancó. Pasó junto al «Ford Taunus» del inspector, quien se entretenía calentando un poco antes el motor.

—¿Sabe lo que iba a decirle, inspector Steddin?

Él bajó la ventanilla para escucharla.

—¿Qué dice?

—Ha demostrado tanta prisa por volver a casa, que me preguntaba si no es usted quién se ha dejado una amiguita en la cama.

Arrancó bruscamente a continuación, girando el volante hacia la derecha, no patinando gracias a las cadenas de las ruedas. Levantó unos surtidores de nieve, y algunas partículas alcanzaron los labios y la barbilla del inspector Steddin.

Éste escupió de mala manera.

CAPÍTULO II

Cuando la agente Heidi Hein apareció por el despacho del inspector Steddin, en el cuartel general de la Landpolizei, en Hauptstrasse, encontró a su superior saboreando el primer café del día.

—Buenos días.

—Buenos días, agente Hein. ¿Durmió bien?

—Perfectamente. ¿Qué novedades hay?

—Esto... No sé qué entiende usted por novedades. Sólo han pasado ocho horas.

—Bien. ¿Por dónde vamos a empezar, inspector?

—¿No quiere tomar un café?

—Ya desayuné en casa.

—Yo no tuve tiempo.

—Y así le quita minutos al trabajo.

—¡Agente Hein!

—Lo siento, inspector.

—Mire, señorita. Yo llevo en esto algunos años y entiendo que hay que tomarse este trabajo con serenidad y paciencia, si es que se quiere ver claro en los asuntos. Si va muy deprisa, puede darse enormes batacazos.

—De nuevo lo siento, inspector.

—Siéntese.

Lo hizo frente a él, colocando el bolso que colgaba de su hombro sobre el regazo. Horst Steddin tomó el vasito de papel y apuró su contenido. Luego hizo una bola con él y la lanzó a la papelera. Ella siguió todos sus movimientos con curiosidad.

—Ahora vamos a hablar del plan de trabajo —dijo él.

—Antes... antes...

—¿Qué?

—Bueno, de camino hacia aquí me desvié un poco y me acerqué

a la casa de la taquillera de la estación del funicular.

—Oh.

—En fin, comprobé que realmente está mala. Con fiebre y un fuerte gripazo. Precisamente en esos instantes estaba allí el médico.

—Por tanto, queda fuera de toda sospecha, ¿no?

—Sí.

—Muy bien, agente Hein.

—Celebro que le haya satisfecho mi colaboración. Pienso que hay que comprobar todos los detalles y...

—¡Sí, sí, sí! —estalló el inspector—. ¡Creo que ya le he oído eso en otras ocasiones! Mire, agente Hein. A Krista Hubschmid la conocemos todos aquí. Si se puso enferma a las once y se fue a casa, es porque era así. ¿Qué creía usted? ¿Qué se fue a las once para reunirse con el industrial de marras y asesinarlo un poco antes de las doce, muy cerca del lugar de trabajo?

—Inspector, yo... Recuerde que no soy de aquí. Vine de München y...

—Lo sé, lo sé. La destinaron aquí para hacer sus primeras armas y el comisario Mittermaier la designó como ayudante mío. Hemos trabajado ya juntos en dos robos y en una estafa, y éste es el primer caso de asesinato que se cruza en su camino. A usted le gusta ir por delante de mí para demostrar sus buenas dotes detectivescas, y a mí me carga que usted se pase de lista.

—¡Inspector!

—Y ahora vayamos al trabajo. Esta mañana la pasaremos en el Ludwig Hotel, realizando unos interrogatorios. Usted se encargará de tomar notas, que parece ser lo que más le gusta.

—Sí, inspector —apretó ella los labios.

—Muy bien. Entonces podemos ponernos en marcha.

Heidi Hein se puso en pie. Inquirió:

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Hágala.

—¿Por qué vamos al Ludwig Hotel?

—Porque anoche, antes de ir a mi casa, me dejé caer por aquí y encargué a los dos agentes de guardia que trataran de localizar el lugar de alojamiento de Günter Meisner, así como algún pariente o amigo que pudiera encontrarse aquí con él. Éste es el informe —tomó un papel mecanografiado que había sobre la mesa—, quepis

encontrado al entrar en el despacho. Günter Meisner se hallaba alojado en el Ludwig Hotel junto con su esposa, su hijo y la novia de éste. De paso que hicieron estas investigaciones, comunicaron a la familia la trágica noticia. ¿Satisfecha su curiosidad?

Ella no dijo nada y los dos salieron del despacho, Poco después subían al coche de él y se trasladaban al Ludwig Hotel.

Éste no era uno de los muchos hoteles americanos que pueblan Garmisch, como si de un lugar de recreo yanqui se tratara. Se levantaba en la Kreuzstrasse, muy cerca del Spielbank.

Entraron y no tuvieron que hacer muchas preguntas para encontrar a los familiares, porque éstos se hallaban reunidos en el bar, silenciosos y visiblemente afectados por la trágica noticia, bebiendo una copa tras otra.

Sí, según la documentación encontrada en el cuerpo sin vida de Günter Meisner, éste había nacido el 16 de febrero de 1925, eso quiere decir que contaba en la actualidad cincuenta y dos años. Su esposa, su bella esposa, en cambio, no pasaba de los veinticinco y si no llega a ser que el hijo del muerto se hallaba abrazado a una joven de veinte años, muy bien hubieran creído que ella era la novia de Gerd Meisner.

Karin Meisner era rubia y alta, con la figura de una modelo de alta costura. Con poco pecho y largas piernas. Fumaba un pitillo nerviosamente y en sus hermosos ojos azules se pintaba una nota de pena.

—Inspector Steddin. Agente Hein.

—¿Inspector? ¡Oh, policía!

Pareció que fuera a llorar, pero no; se limitó a correrse un poco hacia la izquierda dejando suficiente sitio en el diván tapizado en rojo para que cupieran las redondas y carnosas nalgas de la agente Hein. El inspector Steddin tomó asiento en una silla, quedando frente a las tres mujeres y el joven.

Fue éste quien preguntó:

—¿Se sabe algo, inspector?

Gerd Meisner tendría una edad parecida a la de su madrastra, tal vez un año menor. Estatura mediana como mucho, pelo castaño, complexión pícnica. Con una mano sostenía un cilíndrico vaso que contenía un líquido ambarino y con la otra rodeaba la cintura de su chica.

Su chica era una veinteañera de figura menuda, pelo castaño como él, pero no liso sino muy rizado, ojos verdes muy vivos, chispeantes, y labios pintados de un fuerte rojo sangre.

—No, nada.

—Hemos estado en el Depósito hace un momento, pero no nos dejaron pasar. Dijeron que iban a practicarle la autopsia.

Horts Steddin dio una cabezada de asentimiento. Dejó correr unos segundos de silencio y luego dijo:

—Comprendo que no son unas horas muy apropiadas para un interrogatorio, pero las investigaciones han de comenzar cuanto antes. Y, por supuesto, necesito de la colaboración de ustedes.

Los fue mirando uno a uno y ninguno de los tres replicó a sus palabras. Entendió que estaban dispuestos y por ello miró a continuación a la agente Hein. Ésta abrió rápidamente su bolso, sacó el cuaderno y el bolígrafo y se aprestó a tomar notas.

—Bien —chasqueó la lengua el inspector Steddin—, podríamos empezar por las preguntas tópicas. ¿Tenía enemigos su esposo, señora? ¿Había recibido amenazas de muerte?

Karin Meisner apagó el cigarrillo en el cenicero, a la vez que negaba con la cabeza. Parecía que no tuviera ganas de hablar. Era comprensible, sí.

—¿Y usted qué me puede decir, señor Meisner?

—Nada en absoluto. Mi padre no tenía enemigos, ni había recibido amenazas de muerte; nada por el estilo.

—¿Cuestiones políticas?

Miró a la viuda, pero de nuevo fue el hijo del muerto quien respondió con palabras:

—Mi padre era apolítico, si es que esa palabra puede existir hoy día.

—Sí, aunque esa palabra tiene una definición muy clara, prácticamente es imposible aplicarla a ningún ser humano. Incluso ser apolítico, es ya un cierto tipo de política.

—Mi padre no pertenecía a ningún partido político. Él sólo se dedicaba a sus negocios.

—Era industrial.

—En efecto. Y le puedo asegurar que gozaba de gran estima por parte de sus empleados y de sus rivales de la competencia.

—¿Tuvo alguna vez algo que ver con la política?

—No, que yo sepa.

—¿Qué hace usted, señor Meisner?

—Tengo un empleo en el negocio de mi padre.

—¿Siempre han vivido juntos?

—Más o menos, sí.

—Por tanto, conoce bien la vida de su padre.

—Creo que sí.

—¿No ha estado metido en ningún problema últimamente?

—No.

—¿Estaba tranquilo, feliz...?

—Sí.

—¿Y usted qué dice, señora?

—¿Yo? —Karin Meisner parpadeó.

—Sí, usted. ¿Cómo se encontraba su esposo en los últimos días?

¿Cuál era su carácter?

—Normal. Como siempre.

—¿Nervioso, intranquilo...?

—No.

—¿Temía algo?

—No.

—¿Le habló de algo en especial?

—Sólo de lo bien que lo íbamos a pasar este fin de semana aquí.

De eso y del contrato.

—¿Qué contrato?

—Un contrato cinematográfico.

—¿Cómo?

—Hay algo que usted no debe saber y que debemos aclararle — tomó nuevamente la palabra Gerd Meisner. Su novia escuchaba muy atentamente la conversación y de vez en cuando bebía un sorbo del combinado de Gerd.

—¿Qué es?

—Mi padre, aparte su negocio, siempre ha tenido una gran afición por el cine.

—Ha producido varias películas, ¿verdad? —Se adelantó la agente Hein.

El inspector Steddin la miró como diciendo: «Ya salió la entendida...».

—Así es —asintió Gerd Meisner—. Mi padre ha actuado como

productor asociado en diversas películas. Tiene buenos amigos entre la gente del Cine.

—Su padre actuaría, sobre todo, poniendo el dinero, ¿no? —inquirió Horst Steddin—. Perdone la crudeza...

—¿Por qué? Es la verdad.

—Bien, vayamos entonces con lo del contrato.

—Es que también debe saber que ella, mi madrastra —las palabras salieron de su boca con una entonación especial, sin llegar a adivinar claramente si se trataba de un insulto o de un apelativo cariñoso—, es actriz. O mejor, quiere ser actriz, porque está comenzando.

La agente Hein miró a su superior. Pareció indicarle con una sonrisa: «Se lo dije».

—Actriz, ¿eh?

—Ella lo puede corroborar.

—Es cierto, inspector. Durante un tiempo ejercí como modelo profesional, pero luego lo dejé. Me atrajo la magia del cine. Es un mundo maravilloso.

—Y comenzó su carrera casándose con mi padre.

Por mi primera vez delante de los policías la viuda perdió su compostura. Su mirada casi quiso fulminar al hijastro.

—No he dicho nada —forzó una sonrisa Gerd Meisner, quitándole el vaso a su novia.

Bebió un trago y luego le devolvió el vaso. La chica estiró las piernas, tal vez para desentumecerlas, y le dio una patadita sin querer a la mesa. El golpe rompió el silencio que se había hecho entre los cinco.

—Volvamos a lo del contrato —carraspeó Horst Steddin, sacando su cajetilla de cigarrillos.

Nadie aceptó, excepto el joven Gerd.

—Me viene bien, hombre —comentó—. En estos momentos no tengo. Tú te quedaste anoche con mi paquete, preciosa —le dijo a su novia al tiempo que sacaba su encendedor y le ofrecía la llamita al inspector.

—¡Oh! —dijo ella.

—Bueno, no importa. Puedes quedarte el paquete. Luego compraré uno.

—Hablemos del contrato, por favor —exhaló la primera

bocanada de humo el inspector—. ¿Usted, señora Meisner?

—Como usted ya sabrá, inspector, nosotros somos de München. Pues bien: muchos fines de semana, ahora en el invierno, solemos venir aquí. Nos gusta esquiar. Llegamos aquí el viernes por la tarde y nos marchamos el domingo a última hora. Este fin de semana tenía algo de especial por lo del contrato.

—Adelante, señora Meisner —invitó Horts Steddin al ver que ella se detenía.

—Yo iba (bueno, de hecho, lo he firmado ya) a firmar un importante contrato. Mi primer papel protagonista. Aquí nos íbamos a reunir con el productor ejecutivo, el director y el actor principal. Como verá, se trata de una cosa importante para mí, para mi carrera, pero no es nada que pueda tener que ver con un crimen.

—¿Su marido era el productor asociado de esa película?

—Sí.

—¿No había ningún problema en el asunto cinematográfico, vamos a llamarlo así?

—Ninguno.

—¿Y ustedes? —Miró el inspector Horst Steddin a la pareja de novios.

—Nosotros, ¿qué? —preguntó él.

—¿Qué hacen ustedes aquí, en Garmisch?

—Pasando el fin de semana. De vacaciones, simplemente.

—Y escogieron el mismo lugar que su padre.

—Bueno, no es de extrañar. Muchas veces lo hemos hecho, ¿no es así, querida madrastra?

Karin Meisner se limitó a dar una cabezada de asentimiento.

—Bien, vayamos entonces con lo que ocurrió anoche. ¿Qué pasó?

—Nada en especial —respondió Gerd Meisner.

—Nos reunimos con el productor ejecutivo, el director y el actor principal —agregó su madrastra—. Firmamos los contratos y luego celebramos una cena, aquí, en el restaurante del lado.

—Ya, ya. Pero ¿qué ocurrió para que encontráramos a su marido cerca del Skistadion?

—Bueno, él se marchó con Hansjorg y Franz.

—¿Quiénes?

—El productor ejecutivo y el director de la película,

respectivamente.

—¿Por qué?

—Si quiere, yo le cuento cómo fue la velada, y así sabrá qué hizo cada uno de nosotros —se ofreció Gerd Meisner.

—Muy bien. Adelante.

CAPÍTULO III

—«¡Por fin vas a ver cumplido tu sueño, querida!» —exclamó mi padre, una vez mi madrastra firmó los papeles. Le dio un beso y ella le correspondió, muy mimosa.

»Todos la fuimos felicitando y deseándole un éxito completo en su próxima película, donde va a figurar a la cabeza del reparto, realizando el trabajo más importante de su corta carrera de actriz.

»Luego nos dirigimos hacia el restaurante, donde ya habíamos reservado una mesa para siete. Mientras aguardábamos los platos, charlamos de cosas intrascendentes, todas ellas relacionadas de alguna manera con el cine.

»Por ejemplo, el productor ejecutivo, Hansjorg Krafft, no hacía más que soltar alabanzas de la película:

»—Contamos con uno de los mejores guionistas de la República Federal, Erick Kuntz; dos de nuestros más prometedores actores, Karin Helm (Karin Meisner para nosotros) y Adolf Müller; y de un director del que no hace falta decir nada porque ya está dicho todo, Franz Brühl. Por supuesto, los demás colaboradores de la película también son de primer orden. Creo, Günter, que podemos darnos por más que satisfechos. La película será un rotundo éxito. Incluso si la terminamos a tiempo, tal vez la presentemos para ver si es seleccionada para el Festival Internacional de San Sebastián.

»El director de la película, Franz Brühl, no hacía más que hablar de sus últimos contactos con Herzog, Fassbinder y Wendebs, sobre todo para darse pote. Luego, durante la cena, fue el único que habló, soltándonos un monumental rollo acerca de la última película de Win Wenders, *Der Amerikanische Freund*, basada en la novela *Ripley's Game*, de Patricia Highsmith. Pero más que cosecha propia, parecía que hubiera leído el artículo de Hans C. Blumenberg aparecido en *Die Zeit*.

«Adolf Müller, el actor, se comportó todo lo contrario que el

anterior. Se puede decir que fue el que menos habló de la reunión. Parecía abstraído, ajeno a cuánto sucedía a su alrededor, pese a que le afectaba de alguna manera.

»—¿Usted que dice, Müller? —le preguntó en una ocasión Hansjorg Krafft.

»—Estoy seguro que será un éxito, sí —forzó una sonrisa de circunstancias. Sus respuestas eran lacónicas y no daban juego a la conversación.

»Por su parte, mi padre se comportaba de una forma natural y espontánea, libre de preocupaciones, muy contento con el contrato firmado por mi madrastra. Estoy completamente seguro de que no le atemorizaba nada, ni tenía ningún problema en la mente.

»A mi madrastra se la veía feliz y contenta, muy sonriente, también muy satisfecha. Ya había conseguido una de sus ansiadas metas. Durante toda la velada no hizo más que agradecer la confianza depositada en ella y prometer que lo haría lo mejor posible.

»—No, no voy a dejar escapar esta ocasión por nada del mundo —recuerdo que dijo a los postres.

»Ruth y yo nos mantuvimos algo al margen, pero no tanto como Adolf Müller. Por si usted no lo sabe, le diré que Ruth es hijo del conocido escritor vanguardista Fritz Jara; y como siempre ocurre, todo el mundo se preocupó más de preguntarle por su padre y su trabajo. ¿Verdad que sí, querida?

»Precisamente fue Ruth la primera en retirarse, una vez terminó la cena.

»—¡Oh, discúlpenme! —dijo de pronto, poniéndose en pie y saliendo casi corriendo.

»La vi dirigirse hacia los servicios y fui tras ella. Aguardé a que saliera.

»—¿Qué ha pasado? —La vi algo pálida.

»—Algo de la cena me ha sentado mal, cariño. Inesperadamente me entraron arcadas y por eso salí pitando. Oh, qué mal me encuentro.

»—¿Has vomitado?

»—Uf, sí. Me he quedado aplanada, débil. Y aún tengo angustia.

»—Mejor será que te retires.

»—Eso pensaba hacer.

»—Vamos, ven a despedirte.

»Lo hizo y yo la acompañé hasta su habitación.

»—Tú puedes volver con los demás —me dijo—. Yo voy a acostarme y tratar de dormir. Esta noche lo dejaremos estar, ¿eh?

»Le dije que sí, le di un beso y bajé al restaurante de nuevo.

»Con la súbita indisposición de mi novia, pareció romperse la reunión. Adolf Müller ya estaba en pie y despidiéndose de los demás.

»—Hasta mañana, amigos —decía—. Estoy cansado y voy a retirarme a mi hotel.

»Luego, Hansjorg y Franz hablaron de ir a alguna sala de fiestas. La proposición comenzó a tomar cuerpo, pero yo dije que no iba, pues Ruth podía ponerse peor y requerir mi ayuda o presencia.

»Mi madrastra tampoco se mostró muy dispuesta a ir, a pesar de la insistencia de mi padre.

»—No tengo ganas de salir, Günter...

»—Vamos, querida, ánimo. Hoy es tu día. ¿Qué dices? ¿Te animas?

»—Prefiero descansar, Günter...

»—Mujer, no seas así.

»—Ve tú con ellos.

»—Pero tú eres...

»—Oh, no insistas, Günter. Ve con ellos. Yo estaré arriba leyendo un rato, tumbada en la cama. No tengo ganas de sala de fiestas.

»—Entonces me quedo contigo.

»—No quiero ser impedimento para que charles un rato con tus amigos. Te esperaré leyendo, ya te digo.

»—¿No te enfadas?

»—Por supuesto que no. Soy yo la que no tiene ganas de diversión.

»—Está bien. Acompañaré un rato a Hansjorg y a Franz. Volveré pronto.

»Hansjorg y Franz trataron de insistir también para que les acompañara mi madrastra, pero ella se negó en redondo. Los otros acabaron encogiéndose de hombros, emprendiendo la retirada.

»Mi padre se fue con ellos. Mi madrastra y yo permanecemos unos minutos más allí en el restaurante, hasta que ella decidió irse a su habitación, y entonces yo me fui a la mía.

»No nos volvimos a ver hasta unas horas después, cuando dos agentes de policía se personaron en el hotel trayendo la trágica noticia.

»Nos quedamos mudos de espanto. Yo fui el primero en reaccionar, y telefoneé al hotel donde se alojan Hansjorg y Franz. Éstos aún no habían regresado. Dejé recado para que me llamaran cuando lo hicieran.

»Fue una mala noche para los tres, más aún para Ruth con sus molestias estomacales. Al fin logré hablar con Hansjorg.

»Mi conversación con él fue breve, ya que decidió personarse aquí inmediatamente con Franz. Me contó que mi padre había estado un rato con ellos en la sala de fiestas (no, no recuerdo el nombre), bebiendo y charlando, y luego se había marchado con la intención de volver al hotel. Ellos permanecieron en la sala de fiestas.

»Y eso es todo, inspector Steddin. Como verá, el comportamiento de mi padre fue el de una persona normal que está pasando un fin de semana tranquilo y alegre. En ningún momento habló de amenazas, extrañas citas o algo por el estilo. ¿No ha pensado usted en la posibilidad de que el asesino sea un demente que anda por ahí suelto?

CAPÍTULO IV

—Sí, ésa es una posibilidad —aceptó Horst Steddin—. Una posibilidad que cobrará mayor o menor fuerza cuando sepamos a qué sala de fiestas fueron.

—¿Y...? —preguntó interesado Gerd Meisner.

—Si el lugar del crimen se encuentra en el camino entre la sala de fiestas y el hotel, esa posibilidad tendrá más fundamentos para ser una cosa cierta, que si no es así. ¿Entiende?

—Sí. Pero es que, ¿quién podía tener razones para matar a mi padre?

La pregunta quedó en el aire. La agente Hein miró a su superior y éste se puso en pie.

—En fin, creo que ya les hemos molestado bastante por ahora.

La agente Hein también se levantó, siendo imitada por el joven Gerd.

—Les acompaño hacia la salida. Voy a comprar un paquete de cigarrillos.

Por el camino, la agente Hein dijo:

—Inspector...

—¿Sí?

—Nos falta el nombre del hotel donde se alojan esos señores llamados Hansjorg y Franz... si es que piensa visitarlos.

—Es verdad.

Los tres se detuvieron junto a las máquinas del tabaco. Gerd Meisner ya había introducido las monedas y pulsaba el botón correspondiente, cuando respondió:

—Se alojan en el Kahl.

—Y...

—¿Qué más, agente Hein?

—Bueno, el hotel del actor. Supongo que también iremos a hablar con él.

—Ya lo ha oído, Meisner.

Éste acababa de estirar de la tirita roja, quitándole la caperuza de celofán al paquete. Destripó todo el precinto mientras contestaba.

—Adolf Müller se encuentra en el Werinher. ¿Quieren? Ahora ya puedo ofrecer yo.

La agente Hein rechazó con una sonrisa, al tiempo que tomaba nota de los nombres. El inspector Steddin tomó un cigarrillo.

Encendieron los pitillos.

—En fin, inspector —dijo Gerd Meisner—, si nos necesita para algo más, estamos a su entera disposición, aparte el malestar interno que nos invade a todos por lo ocurrido. Posiblemente, antes de la hora del almuerzo, vayamos de nuevo al Depósito. Quisiera acelerar los trámites para el traslado del cadáver de mi padre a München. Así que, si no estamos aquí, en el hotel, ya sabe dónde estaremos.

Los dos policías se alejaron camino de la salida. Gerd Meisner retornó junto a las dos mujeres, quienes, desde el diván tapizado en rojo, siguieron con su mirada la marcha del inspector Steddin y la agente Hein.

—¿De qué habéis hablado? —le preguntó su madrastra.

Se lo dijo.

—Me voy a mi habitación. Quiero tumbarme un rato. Si me duermo, avisadme para ir al depósito.

—De acuerdo.

Karin Meisner echó a andar hacia las escaleras.

—Cada vez que pienso en lo de tu padre, me horrorizo —comentó Ruth Jara, echándole los brazos al cuello a su novio—. Anda, bésame, y hazme olvidar.

El Kahl era un hotel que se encontraba en la Reintalstrasse, a escasos metros de la Rathaus. Tenía la misma categoría que el anterior: cuatro estrellas, y también en esta ocasión hallaron a quienes buscaban en el bar. Parecía que todo el mundo quería ahogar sus penas en alcohol.

Durante el camino habían intercambiado las palabras mínimas, como si cada uno meditara por sí solo cuánto había escuchado. Ahora se presentaron, y saludaron a los dos hombres que se hallaban en la barra, encaramados a sendos taburetes.

Hansjorg Krafft era un cincuentón rubicundo y robusto, con aspecto de leñador. Poseía unos ojos claros y una nariz ligeramente chata. Vestía más elegantemente que su compañero y lucía en el dedo anular de la mano izquierda una sortija que debía valer una porrada de marcos.

—Es mejor que nos retiremos a una mesa, ¿no les parece? —propuso.

Lo hicieron.

Franz Brühl, el director de cine, no pasaría de la treintena, y era alto y delgado. Pelo oscuro, ojos oscuros y boca de labios como finos hilos sonrosados. Vestía como un joven cualquiera, incluso se había dejado una discreta melena.

—Aún no me puedo creer lo del señor Meisner. Ayer, con nosotros, bebiendo y riendo, y hoy...

Parecía muy afectado. La muerte, desde luego, no le debía ir.

—¿Qué desean ustedes saber? —preguntó a continuación Hansjorg, que era el único que se había llevado el vaso a la mesa.

—Bien —empezó el inspector Steddin. La agente Hein se dispuso a tomar notas—. Según lo que sé hasta ahora, ustedes vinieron aquí para firmar un contrato con la señora Meisner. ¿No es así?

—Bueno, a eso y a pasar el fin de semana.

—Como comprenderá —sonrió Hansjorg—, el contrato igualmente se hubiera podido firmar en München. Garmisch era una excusa para pasar aquí el fin de semana.

—Sí, entiendo. Anoche se reunieron, firmaron el contrato, cenaron... ¿Cómo fue la velada?

Hansjorg, el más hablador de los dos, tomó la palabra y más o menos hizo el mismo relato que el joven Meisner.

—¿No encontraron nervioso, alterado, intranquilo o con miedo al señor Meisner? —preguntó luego el inspector Steddin.

—No, en absoluto.

—No.

—Yo conozco mejor que Franz a Günter —hizo una mueca—. Mejor dicho, conocía. Es difícil acostumbrarse... Éramos buenos amigos, habíamos producido juntos varias películas... Le puedo asegurar que Günter se comportó como siempre, cordial y simpático.

—¿Incluso cuando ustedes tres se fueron?

—Desde luego que sí.

Franz Brühl asintió con la cabeza.

—¿Qué hicieron? ¿Adónde fueron?

—Decidimos entrar en la sala de fiestas Barbarella. Allí estuvimos departiendo, al tiempo que veíamos el espectáculo.

—¿De qué hablaron?

—De la próxima película. Sólo de eso.

—¿El señor Meisner no les confió ninguna preocupación?

—No.

—¿No recuerdan nada significativo?

Ahora los dos negaron con la cabeza.

—¿Y por qué se fue él solo?

—Le había prometido a su mujer que volverían pronto. Nosotros decidimos quedarnos un rato más, aún quedaba el *striptease de una negrita a la que se le hacía mucha propaganda*.

—¿A la hora de la despedida les dijo que se iba directamente al hotel?

—Bueno, que yo recuerde, creo que dijo: «Amigos, os dejo. No quiero dejar por más tiempo sola a Karin. Mañana nos veremos». ¿No es así, Franz?

El director de cine asintió con un gruñido.

—Incluso yo me atreví a bromear. «No me extraña. Te comprendo perfectamente. Con la mujer que tienes...». Luego, él se fue y nosotros nos quedamos allí. Cuando llegamos al hotel...

—Espere, espere.

—¿Sí?

—¿A qué hora se fue él de la sala de fiestas?

—No miré el reloj. ¿Y tú, Franz?

—No, tampoco.

—¿No pueden hacer un cálculo?

—Supongo que sería entre las once y media y las doce menos cuarto. Ni antes ni después.

—¿Y cuándo se fueron ustedes de la sala de fiestas?

—Sobre las dos y media.

—¿Y fueron directamente al hotel?

—En efecto. Allí me pasaron el recado de Gerd, el hijo de Günter. Le telefoneé y entonces supe de la fatal noticia. Me quedé de piedra.

—Hasta que no llegamos al Ludwid y nos lo dijo a la cara, no nos lo creímos —añadió Franz Brühl.

—Bien, eso es todo, señores.

—Eh...

—¿Sí, agente Heinte?

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Adelante.

—¿Recuerdan ustedes a alguien en especial que pueda atestiguar, si es preciso, que permanecieron en la sala de fiestas hasta las dos y media de la madrugada?

—¡Oiga! ¿Qué está insinuando? —saltó de la silla Hansjorg Krafft.

Franz Brühl se limitó a mirar con el ceño fruncido a la mujer policía.

—La agente Hein no ha insinuado nada en especial —intervino rápidamente el inspector Steddin—. Ella se encarga de tomar los datos y es muy minuciosa en su trabajo. Quiere tenerlo todo lo más completo posible.

Como comprenderán, todas las historias hemos de comprobarlas. Ustedes no pueden ser una excepción. ¿Recuerdan a algún conocido...?

—No...

—Bien, ya lo investigaremos.

—¡Los camareros! ¡Eso, los camareros!

—Sí —terció Franz Brühl—. El que nos atendió era un tipo alto y rubio, con patillas en forma de hacha. Él se puede acordar de nosotros mejor que nadie.

—Hablaremos con él, sí —el inspector Steddin se puso en pie—. Les dejamos, señores.

Hubo las despedidas de rigor y un poco después los dos policías se encontraban en el auto del inspector Horst Steddin.

Se quedaron mirando.

—Bien —exclamó él—. Vayamos a ver al actor Adolf Müller.

Ella no dijo nada.

El coche arrancó, saliendo a la Bahnhofstrasse, tomando el camino de la Estación Central, pero antes de llegar al Partnach, giró hacia la derecha, por la Angerstrasse.

—Supongo que estará pensando lo mismo que yo —dijo él de

pronto, mientras esperaban paso libre para torcer a la izquierda y tomar el puente para salvar el Partnach—. La sala de fiestas y el hotel, ¿no es así?

—Exacto, inspector. La sala Barbarella se encuentra en la Hauptstrasse, y para ir de ésta a la Kreuzstrasse, donde se encuentra el Ludwig Hotel, desde luego que no hay que pasar por el Skistadion —abrió su bolso y sacó de él un plano de la ciudad—. Ambos lugares se encuentran en el ecuador de la ciudad, aproximadamente, mientras que el Skistadion queda al sur. Lo lógico es que Günter Meisner se hubiera encaminado en línea recta hacia el hotel. ¿Por qué desviarse hacia abajo y alejarse del hotel?

Ya iban por la Partnachstrasse y en cuanto el inspector Steddin vio un hueco, aparcó. El hotel Werinher se hallaba allí mismo.

—Eso le resta posibilidades a la teoría del loco asesino —comentó él mientras atravesaba el *hall*.

—Y le da más a la teoría de qué tuviera una cita secreta.

—O que de pronto viera a alguien conocido y se fuera con él...

—¿Y por qué matarlo?

—Primero obtengamos todos los datos posibles y luego podremos empezar a contestar preguntas. Es ésta también su manera de trabajar, ¿no?

—Sí, inspector.

Horst Steddin le preguntó al recepcionista por Adolf Müller. Éste sí se encontraba en su habitación. Subieron en el ascensor al piso cuarto. El hotel aquel no se podía comparar con los anteriores, sólo llegaba a las dos estrellas y a una mano de pintura.

Adolf Müller respondía plenamente a lo que cualquier persona piensa de un galán cinematográfico. Alto, atlético, guapo, viril. Además poseía una voz bien timbrada y una edad de veintiocho años a lo sumó.

—Pasen y tomen asiento —les invitó.

—¿Sabe lo de Günter Meisner? —le preguntó Horst Steddin, una vez acomodados.

—Me he enterado esta mañana. Me telefoneó Hansjorg Krafft. Parece increíble. Desde entonces no he podido quitármelo de la cabeza.

—Ya. ¿No ha ido al hotel Ludwig para hablar con la viuda o el hijo?

—No, aún no lo he hecho. Pensaba hacerlo después de almorzar.

—¿Conocía usted al señor Meisner?

—Hasta ayer noche sólo de vista. Algunas veces habíamos coincidido en fiestas de gentes del cine, galas cinematográficas y todo eso, pero hasta ayer noche nadie nos había presentado.

—Ajá. ¿Qué impresión sacó de él?

—Un hombre cordial y afable. Buen conversador. ¿Qué más quiere que le diga?

La agente Hein escuchaba y apuntaba.

—Hablemos entonces de anoche. Usted se retiró enseguida, después de la señorita Jara, según tengo entendido. ¿Es así?

—Sí.

—¿Por qué?

Adolf Müller no respondió al momento. Dudó unos instantes.

—¿Por qué? —volvió a repetir la pregunta el inspector Steddin.

—Bien, estaba cansado, había tenido un mal viaje, ¿saben?

—Y se vino aquí.

—Sí...

—No parece usted muy convencido —observó Horst Steddin, mirándole fijamente.

—¿Sobre qué hora llegó al hotel? —preguntó a continuación la agente Hein.

Adolf Müller continuó sin responder.

—¿En qué piensa? —inquirió el inspector.

—Supongo que ustedes comprobarán la hora con el recepcionista —dijo al fin.

—Por supuesto.

—Supongo también que ustedes habrán hablado ya con los Meisner, ¿no?

—En efecto.

—Está bien —entrelazó los dedos de las manos nerviosamente—. La verdad es que no fue así.

—¿Qué quiere decir? Explíquese...

—Dije que estaba cansado e iba a retirarme al hotel. Lo dije para excusarme y poder largarme de allí.

—¿Por qué?

—Me encontraba incómodo.

—¿Por qué?

—Pues... la conversación, el ambiente no me iban...

—Usted es un hombre del cine. Estaba también con personas del cine. ¿Cómo es eso?

—Pero son de otro nivel. En el cine también hay clases.

—Se fue de allí, ¿y qué hizo?

—No vine al hotel.

El inspector Steddin y la agente Hein intercambiaron una mirada.

—¿Quién iba a imaginar que se cometería un asesinato esa noche! —agregó, consternado—. Mentí como se miente muchas veces; para escapar educadamente de un lugar donde no se está a gusto.

—¿Y adónde fue?

—Eso es lo grave. No fui a ningún lado específico. Estuve deambulando por la ciudad, meditando acerca de mis asuntos personales.

—Ya entiendo. ¿No se encontró con nadie conocido?

—No.

—¿Ni siquiera al señor Meisner?

—¡No!

—¿Y a qué hora regresó al hotel?

—Eran las doce y media. Lo recuerdo bien porque el reloj del *hall* daba la media. *¡Pero yo no he tenido nada que ver con ese crimen!*

—No se excite, señor Müller. Nadie ha dicho que usted tuviera algo que ver. Hasta estos momentos sólo nos estamos limitando a una tarea rutinaria de hacer preguntas y obtener respuestas. Una vez comprobemos todos los datos en nuestro poder, entonces empezaremos a sacar conclusiones. ¿Por qué va usted a adelantarse a ellas? Tranquilícese. Y dígame: ¿algo más que añadir?

—No. Eso es todo. Como verán, no tengo coartada clara para esa noche.

—Ya le he dicho que no ha de preocuparse. Tampoco otras personas la tienen.

—¿A quién se refiere?

—Por ejemplo, a Karin Meisner, a Gerd Meisner y a Ruth Jara.

—¿Qué dice?

—Cada uno de ellos estuvo retirado en su habitación. Bien pudo salir del hotel (bien por alguna puerta de emergencia, bien no

llamando la atención en recepción) y luego retornar. Es muy sencillo.

—¡Es una barbaridad! ¿Por qué iba a matar Karin a su marido? ¿Por qué Gerd Meisner iba a matar a su padre? ¿Por qué Ruth Jara iba a matar a su futuro suegro?

—¿Y por qué iba a matarlo usted? —le preguntó Horst Steddin, clavando sus ojos en los del actor.

Se hizo un profundo silencio en la habitación. Fue la agente Hein quien lo rompió, diciendo:

—Tampoco hemos de olvidar a Hansjorg Krafft y a Franz Brühl. No sabemos si realmente estuvieron en la sala Barbarella hasta las dos y media de la noche.

—¿Ve? —le sonrió el inspector Steddin, amistosamente—. Tenemos infinidad de sospechosos.

—Pero ¿por qué ha de ser alguien de los que estuvimos anoche reunidos?

—Es una de las posibilidades. Sólo eso. Por supuesto que puede haber sido una persona ajena a la reunión de anoche.

—Un loco, tal vez.

—Alguien nos sugirió ya eso, pero cada vez le concedo menos credibilidad. Bien, señor Müller, gracias por concedernos estos minutos.

El inspector Steddin le alargó su diestra en señal de despedida. El actor les acompañó amablemente hasta la puerta.

Ya en el coche, ella comentó:

—Una conversación un tanto extraña, ¿no, inspector?

—Así parece.

—Hay algunos puntos raros —abrió su cuaderno de notas y repasó lo escrito. El inspector Steddin se abstuvo de darle al encendido y esperó a que ella dijera algo más. La agente Hein levantó la vista del cuaderno y le miró.

—¿No nos vamos?

—Quiero escuchar tranquilamente sus deducciones.

—Oh.

—Vamos, agente Hein.

—Verá, inspector... Él negó haber hablado con los Meisner. En cambio, sí había hablado con Krafft. Pareció dar por sabidas algunas cosas, como por ejemplo la hora de la muerte de Günter

Meisner. Y se mostró nervioso e inculpaado sin que nosotros le acusáramos de nada. Eso demuestra una cierta culpabilidad interior; pero ¿por qué? ¿Tal vez por el crimen?

—Bien. ¿Qué más?

—Luego está también lo de la mentira. Engañó a sus compañeros de cena, anoche. Dijo que se retiraba al hotel, y en realidad se fue a pasear. La excusa que proporciona suena bastante poco creíble. Debe haber algo más.

—Y hay algo más.

—Sí. Algo bastante llamativo, inspector. ¿Se dio usted cuenta?

—¿Quiere jugar a las adivinanzas conmigo?

—No, por favor. Pero como yo lo estoy diciendo todo hasta ahora...

El inspector Steddin sonrió.

—De acuerdo. Apunte en su famoso cuaderno el otro punto importante de la conversación. Yo sé lo diré.

Ella lo hizo, también sonriente. Luego comentó:

—Parecemos dos críos.

—Ser adultos las veinticuatro horas del día, es muy aburrido.

—Bien. ¿Cuál es ese punto?

—Cuando yo le hablé de la posibilidad de que la esposa, el hijo o la futura nuera del asesinado pudiera ser culpable del crimen, él exclamó que eso era una barbaridad, y nombró a los tres. Sólo a la esposa de Meisner la llamó por su nombre de pila, Karin. Algo que puede ser significativo. Algo que puede significar una cierta relación amistosa o íntima. Algo que se le escapó inconscientemente... Por otro lado, ésa pudiera ser la razón de que él ya estuviera informado de algunas cosas: ella bien pudo telefonarle, cuando nosotros nos fuimos del hotel Ludwid. ¿Qué? ¿Me da el aprobado?

Ella había acentuado su sonrisa, mezcla de sorpresa y admiración.

—¿Piensa ya que su jefe no es tan ceporro como en un principio creyó?

—¿Vamos a apretarle las clavijas? —propuso, haciendo caso omiso de la anterior pregunta.

—No, todavía no. No quiero precipitarme. Aún nos quedan por realizar unos interrogatorios. Y también quiero conocer el resultado

de la autopsia. Esta noche tal vez hagamos un careo.

—Muy bien. ¿Adónde vamos ahora, inspector Steddin?

Éste le dio al encendido y luego le preguntó:

—¿Le apetece almorzar con el jefe?

CAPÍTULO V

—¡Inspector!

—Señor Meisner, ¿cómo usted por aquí?

—Ya le dije que quería venir para solucionar los trámites legales.

—Pero antes del almuerzo...

—Las cosas se han prolongado. A la vista de esto, les dije a Ruth y a mi madrastra que regresaran al hotel. Este lugar las deprimía.

El lugar no era otro que el Depósito, a dónde habían acudido el inspector Steddin y la agente Hein, después del almuerzo. Ambos parecían ahora mejores amigos, con una mayor confianza entre sí.

Pero aún aparecieron más personas en aquel aséptico y espacioso *hall*, cuando ambos policías iban a alejarse en busca del forense Berger.

Se trataba de un hombre y una mujer. Él era más bien alto, corpulento, y estaría frizando los cincuenta años de edad. Facciones enérgicas, casi autoritarias, ojos pardos y grueso bigote semi cano, al igual que su todavía abundante cabello.

Ella le llegaba sólo al hombro a él, ya había dejado atrás los cuarenta y cinco años, su aspecto era más bien frágil y sus facciones guardaban un cierto parecido —si se la observaba detenidamente—, con Gerd Meisner, cosa que se aclaró enseguida cuando el joven exclamó al verla:

—¡Mamá!

Gerd Meisner se apresuró a acercarse a la mujer y la rodeó con sus brazos. Ella sonrió dulcemente, y ambos intercambiaron un beso.

—¿Cómo tú aquí? —preguntó seguidamente el joven.

—Helmut y yo estamos pasando el fin de semana.

Fue entonces cuando Gerd Meisner reparó en el hombre que la acompañaba.

Ella les presentó:

—Helmut Vogel, mi actual esposo. Gerd, mi hijo. Creo que aún no os conocíais.

—Así es —asintió el hombre, alargando su diestra—. Encantado, muchacho.

—¿Cómo lo has sabido, mamá? —preguntó Gerd Meisner, en el momento que el inspector Steddin y la agente Hein se acercaban.

—Lo comentaban en el hotel donde estamos atojados. Decidimos venir aquí para saber quién se había hecho cargo del cadáver. Pensaba que tal vez se encontraba aquí solo, o que...

—Estamos todos. Su esposa y yo.

—Ya. Será enterrado en München, supongo.

—Sí. Es lo que estoy arreglando. Te comunicaré la fecha y hora del entierro.

—Gracias, Gerd. En fin, no sé qué puedo decirte...

—Yo... yo tampoco.

—¿Se sabe algo del crimen?

—A eso mejor podrá responderte este señor. Es el inspector Steddin. La mujer que le acompaña es la agente...

—Hein —dijo ella misma.

—Hein, eso es. Mi madre, Hilde... Vogel, ¿verdad?

—En efecto —asintió su esposo—. Yo soy el coronel Helmut Vogel, de la Bundeswher^[2]. ¿Cómo van las investigaciones, inspector Steddin?

—En sus comienzos, coronel.

—¿No hay ninguna pista?

—Por ahora, no.

—Espero pongan todo su interés en resolver el caso. Un crimen así, no debe quedar impune.

—No quedará. Por cierto, ¿ustedes se encuentran aquí, en Garmisch?

—Sí, estamos pasando el fin de semana.

—¿En qué hotel?

—En el Gustav.

Heidi Hein ya había sacado su libreta de notas y comenzaba a escribir.

—No quisiera parecerles incorrecto, pero ya que están aquí, me gustaría hacerles unas cuantas preguntas, puesto que tienen relación

con el hombre asesinado.

Marido y mujer se miraron unos instantes. El coronel de la Bundeswehr dijo:

—Estamos a su disposición, inspector. Puede preguntar lo que quiera.

—Entonces, me gustaría saber si ustedes tenían noticia de la presencia de los Meisner en esta localidad.

—No.

—En absoluto.

—¿Conocía usted, señor Vogel, al señor Meisner?

—Creo que nos vimos en una ocasión en una fiesta...

—¿Llevan ustedes mucho tiempo casados?

—Seis meses.

—¿Y en ese tiempo no se habían visto siquiera usted y él? — Ahora se dirigía a la mujer, señalando al joven.

—Pues no... La verdad es que en estos últimos años nos hemos visto en contadas ocasiones. ¿No es así, hijo?

—Sí —asintió Gerd Meisner.

—Desgraciadamente, nos hemos ido distanciando —comentó la mujer con pena—. Pero es lógico. Después del divorcio, él quedó con su padre. Al principio nos veíamos muy a menudo, pero después, cuando yo volví a casarme, no con Helmut, claro, y él entró en el negocio de su padre, los encuentros se fueron produciendo más de tarde en tarde. Cada uno había encontrado un nuevo cauce en su vida y ninguno tenía nada que ver con el otro. En fin, son cosas de la vida y no creo que ahora venga mucho al caso.

Helmut Vogel había aprovechado para sacar una cajetilla de cigarrillos y ofrecer. Las mujeres pasaron y los hombres aceptaron. Los dedos de Gerd Meisner temblaron unos instantes al tomar el pitillo.

—Bien —murmuró el inspector Steddin, encendiendo los cigarrillos de los otros y el suyo propio—. Sólo quisiera saber qué hicieron ustedes anoche.

—¿Anoche? —preguntó Hilde Vogel con un hilo de voz.

—Anoche. Eso he dicho.

—Estuvimos cenando fuera, en un restaurante, el Hamburg. Luego dimos una vuelta por Garmisch —se guardó la cajetilla de

cigarrillos, de precinto completamente roto—. Más tarde regresamos al hotel.

—¿A qué hora fue eso?

—Sobre las diez. ¿No, querida?

—Sí, esa hora sería.

—¿Y ya no salieron?

—No. No hacía un tiempo muy recomendable como para estar por ahí paseando indefinidamente.

—Está bien. Eso es todo. Gracias.

—Ya le dije antes que estamos a su disposición, inspector —se despidió el coronel de la Bundeswehr—. Agente...

—Si quieres algo de nosotros, Gerd —le dijo su madre—, ya sabes que nos alojamos en el hotel Gustav. No tengas reparos en pedirnos lo que sea.

—Yo también me voy —dijo él joven—. Os acompaño hasta la salida.

Los tres se alejaron, dejando solos a los dos policías. Heidi Hein comentó:

—Creo que podemos añadir al matrimonio Vogel en la lista de sospechosos. Si los Meisner y Ruth Jara pudieron salir a escondidas del hotel Ludwig, también lo pudieron hacer estos del Gustav.

—Sí. Cierto.

—¿Buscamos ya al doctor Berger?

—Vamos.

El forense Berger les recibió en un pequeño y funcional despacho. Ya tenía listo el informe de la autopsia y, según les dijo de entrada, en esos momentos pensaba enviarlo a la Central de Policía.

El inspector Steddin tomó la hoja de papel, tipo folio, con los apartados en letra impresa. El forense Berger los había rellenado a máquina.

—¿No hay más? —interrogó algo desilusionado, tras leer el informe.

—No hay más, inspector. El cadáver no presenta ninguna señal en especial. Salvo la carnicería producida, claro. De las costillas flotantes a la pelvis es un auténtico destrozo. Parece la obra de un carnicero chapucero. Un poco más y le saca el estómago y los intestinos.

—Ya veo.

—Y desde luego no fue hecho con un cuchillo, sino más bien con una navaja. Y la persona que lo hizo debía ser alguien con mucha fuerza, teniendo en cuenta que el muerto no ofreció resistencia y la bestialidad con que fueron dados los navajazos.

—Así pues, ¿no pudo ser una mujer el asesino?

—Yo casi lo descartaría. A no ser que se tratara de una mujer fuera de lo normal.

—Y la muerte la establece sobre las doce de la noche.

—Así es. Pero hay que tener en cuenta que Günter Meisner era un hombre en muy buena condición física, a pesar de su edad. Las heridas no le produjeron la muerte instantánea. Estuvo desangrándose, agonizando, durante algunos minutos. Así lo hago constar ahí.

—Sí, ya lo he visto. Calcula que el ataque pudo producirse sobre las doce menos siete minutos, aproximadamente.

—Eso, prácticamente, descartaría al último cliente que tomó el funicular —terció entonces la agente Hein.

—Pero no por ello vamos a dejar de interrogarlo. Pudo haber visto u oído algo.

CAPÍTULO VI

Sigismund Schneider los reconoció al instante y los atendió con gran amabilidad. Mientras les ayudaba a sujetarse a la cabina — cabina para dos—, la agente Hein le preguntó:

—¿Se reafirma en todo lo que me dijo anoche, señor Schneider?

—Por supuesto que sí, señori... agente.

—El último cliente apareció sobre las doce menos diez más o menos.

—Sí, agente.

—Y antes habría otros clientes...

—Claro. Pero mucho antes. El penúltimo debió llegar sobre las once y media.

—Ya.

—¡Buen viaje!

La cabina se puso en marcha, un tanto bamboleante al principio, comenzando a ascender por el cable y dejando cada vez más abajo el niveo suelo. Pronto fueron empequeñeciéndose ante sus ojos los lugares donde habían estado: la estación del funicular, el Skistadion, la Kreiskrankenhaus, el mismo Garmisch, que al final quedó como un juguete, como el pueblecito bonito y nevado de un belén gigantesco.

Realizaron el recorrido entre laderas pobladas por multitud de abetos que lucían sus galas de invierno. Un mundo blanco y gélido quedaba a sus pies, y más allá, arriba, otro, éste más agreste, como infinidad de puntiagudas lanzas níveas. El cielo era gris, plomizo, como el día anterior, y presagiaba nevada.

Llegaron sin novedad a la estación del funicular, situada sobre los 1236 metros del Eckbauer.

Lo primero que hicieron nada más saltar de la cabina, fue identificarse ante el empleado.

—¡Policía! —exclamó el hombrecillo, un poco alarmado—.

¿Acaso... acaso por el crimen de anoche?

—Vaya, vemos que ya lo sabe —comentó Horst Steddin.

—Las malas noticias son las primeras en llegar aquí arriba.

—Puede seguir con su trabajo mientras le hacemos unas preguntas.

El hombrecillo cabeceó, asintiendo. No había clientela en esos momentos y sólo había que preocuparse porque las cabinas dieran la vuelta para regresar vacías.

—Ayer noche tuvieron un cliente de última hora... Aquí debió llegar a la hora del cierre... ¿Lo recuerda usted?

—Sí, sí. Perfectamente.

—¿A qué hora llegó?

—Sobre las doce y diez, aproximadamente. Yo ya estaba deseando cerrar esto. Schneider, el de abajo, me comunicó que era el último.

—Eso viene a corroborar más o menos la hora que nos dio el señor Schneider. Debió subir a la cabina sobre las doce menos diez.

—Eso es, sí.

—¿Y qué me puede decir del anterior cliente?

—Vino también de abajo. Pero casi media hora antes que el último.

—¿Conocía usted a éste?

—¿Al último?

—Sí.

—Lo conocí precisamente anoche. Me esperó y nos fuimos juntos hacia el hotel. Dijo llamarse Speer. Peter Speer.

—¡Peter Speer! —exclamó Heidi Hein.

El inspector Steddin la miró con una ceja arqueada.

—Es un hombre muy conocido en München —agregó ella, comprendiendo que su superior esperaba una explicación—. Uno de los más fuertes banqueros de la ciudad.

—Ajá.

—Vaya, no lo sabía —comentó el hombrecillo.

Los dos policías se despidieron del encargado de la estación del funicular, justo cuando aparecía una pareja joven que quería ir hacia abajo. Mostraron sus billetes y se acomodaron en una de las cabinas. El inspector Steddin y la agente Hein salieron de allí y se encaminaron, pisando la dura nieve, hacia el hotel.

El Berggasthof Eckbauer era una edificación de tres plantas, con el típico tejado en rampa a ambos lados, otrora de color rojo y en estos momentos cubierto por una espesa capa de nieve. Las chimeneas asomaban muy tímidamente entre la nieve. Y más allá, por encima de él, a lo lejos, se veía la cúspide del monumental Zugspitze, con sus 2966 metros de altitud. Todo a su alrededor era laderas y más laderas blancas, sembradas de innumerables abetos, algunos de ellos gigantescos, manchados de nieve.

Entraron en el hotel-refugio, encontrando un ambiente mucho más agradable, no el frío cortante del exterior. Comenzaban a caer los primeros copos de nieve.

—Esperemos que se encuentre aquí y no haya bajado a Garmish —dijo el inspector Steddin, mientras se acercaban al mostrador de recepción.

Tuvieron suerte. El señor Speer, como les informó un empleado, se hallaba allí, más concretamente en el bar.

Al tener Heidi Hein una buena descripción del hombre buscado, gracias a Sigismund Schneider, no les fue difícil localizarlo.

Cuarenta y siete años. Estatura mediana. Delgado. Rostro seco, de facciones angulosas. Ojos oscuros. Y al hablar —ahora, en esos momentos, reía—, mostraba una pequeña mella entre los incisivos medios del arco dentario superior.

Estaba acompañado por una mujer algunos años menor que él, que conservaba un tipo que hubieran envidiado muchas jovencitas. Pelo castaño, ojos ligeramente almendrados, de color parduzco, y una somera capa de maquillaje. Ambos reían entre sí, acomodados junto a una mesita, ante sendos vasos mediados de licor.

—¿El señor Speer? —preguntó el inspector Steddin, al tiempo que se quitaba el grueso anorak, pues la temperatura reinante allí dentro le sofocaba.

El hombre dejó de reír y miró con fijeza, y también con cierta seriedad, a Horst Steddin y a Heidi Hein. La mujer mantuvo una ligera sonrisa.

—Yo soy —respondió al fin, después de la observación detenida de la pareja de policías.

Horst Steddin se colocó el anorak cruzado sobre el brazo izquierdo. Dijo:

—Soy el inspector Steddin. La agente Hein.

—¿Policía? —preguntó el hombre con un hilo de voz.

—Sí.

—¿Qué... qué ocurre?

Él vacilaba y la mujer había perdido la leve sonrisa.

—No sé si estarán enterados de que ayer noche murió asesinado un hombre —habló, haciéndolo en plural adrede, mirando ahora a la mujer.

—Sí, algo hemos oído —reconoció el hombre.

—¿Podemos sentarnos?

—Por supuesto.

Lo hicieron. El inspector Steddin dejó el anorak sobre una silla cercana. Heidi Hein se apresuró a sacar su cuaderno y su bolígrafo.

—Creo que no nos han presentado, señora... —dijo Horst Steddin.

—Oh, perdone —se disculpó Peter Speer.

—Hetty Finckel —se presentó ella misma.

—¿Son amigos?

—Eeee... Bueno, nos hemos conocido aquí. Ayer tarde —Peter Speer frunció el ceño—. ¿A qué viene todo esto, inspector?

—¿Sabe ya el nombre del hombre asesinado?

—Sí. El industrial Günter Meisner.

—¿Lo conocía?

—No, personalmente. Sí de oídas. Incluso creo que en un par de ocasiones coincidimos en sendas fiestas, pero no; nos llegaron a presentar.

—¿Usted a qué se dedica, señor Speer?

—Soy banquero.

—¿Y usted, señora Finckel?

—Señorita.

—Disculpe.

—Soy abogado.

—¿De München ambos?

Ahora asintieron con la cabeza.

—Pero aún no me ha aclarado qué podemos, o puedo, tener que ver con el crimen, inspector —agregó el banquero muniqués.

—Lo comprenderá enseguida. Ocurre que a Günter Meisner lo asesinaron sobre las doce menos diez, doce menos cinco de la noche, y muy cerca de la estación del funicular, a unos cien metros.

¿Entiende ahora?

—Pues...

—Sabemos que sobre esa hora usted tomó el funicular anoche. Así lo han declarado los empleados.

—¿No pensarán que yo...?

—No pensamos nada en concreto. Pero sí queremos conocer su historia. ¿Qué hizo usted anoche en Garmisch?

—Había quedado en saludar a unos amigos de München, que también iban a pasar el fin de semana aquí. Bueno, quiero decir en la ciudad. La verdad es que no los encontré en el hotel que dijeron que se alojarían, uno de esos americanos, el Patton. Me senté en el *hall*, por si se habían retrasado en la salida. Al final me cansé y me fui. Di una vuelta por el centro de la ciudad y regresé aquí.

—Todo esto me hace sospechar, señor Speer —tomó la palabra la agente Hein—, que no tiene usted nadie que corrobore sus palabras.

—Tal vez me recuerde algunos de los empleados del hotel. Desde luego, por la calle, no tropecé con nadie conocido... ¿A qué hora dijeron que fue asesinado el señor Meisner?

—Entre las doce menos diez y las doce menos cinco.

—Si no recuerdo mal, no tengo muy buena memoria para las horas, creo que a esa hora yo ya estaba en el funicular. Sabía que a las doce cerraban y temía llegar con la estación cerrada. Estoy seguro de que llegué allí casi con un cuarto de hora de antelación a la hora del cierre.

—Eso es lo que parece por lo que nos han confesado los empleados del funicular —reconoció el inspector Steddin—. Pero solamente le salvan unos escasos minutos.

—¡Inspector...!

—Desde luego, Günter Meisner no murió a las once y media, pero sólo con que hubiera muerto a las doce menos diecisiete minutos... «Usted habría tenido tiempo».

—¡Eso es demasiado fuerte, inspector! ¿Por qué iba yo a matar a Günter Meisner? ¿Qué relación tenía con él? ¡Ni siquiera le conocía!

—Está bien. No se sofoque. Cállese. Demos por buenas las horas obtenidas. Usted no le mató, pero... ¿oyó o vio algo?

—¿Yo?

—Por supuesto, usted.

—Yo no vi ni oí nada. ¡Lo hubiera dicho!

—Suponemos que debía haber una persona más, al menos, aparte de Günter Meisner. ¿Usted no vio a nadie en las cercanías de la estación del funicular?

—No, no.

—¿Nada llamó su atención?

—No.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—Bien. Esto era lo que más nos interesaba.

—Lamento no poderles ser de ayuda. De veras que lo lamento.

Se hizo entonces un breve silencio entre los cuatro. Hetty Finckel aprovechó para beber un sorbo de su combinado. La agente Hein se dirigió a ella:

—¿Pasó usted la tarde aquí, señorita Finckel?

—Sí. Y la noche.

—¿Conocía al señor Günter Meisner?

—Sólo de oídas, como Peter.

El inspector Steddin y la agente Hein intercambiaron una rápida mirada.

—¿También sospechan de mí? —rió algo nerviosamente—. ¡Qué tontería!

—Sí, es una tontería —aceptó Heidi Hein—. No sospechamos de usted. Simplemente queremos saberlo todo. Usted tiene una cierta relación con Peter Speer, y Peter Speer tiene una cierta relación con lo ocurrido cerca de la estación del funicular entre las doce menos cuarto y las doce de la noche.

—Creo que podemos ya retirarnos —opinó el inspector Steddin, tomando su anorak.

Un nuevo personaje entró en el bar, llamando la atención de los allí reunidos.

—¡Eh, Schleyer! —gritó uno—. ¿Qué haces por aquí? El inspector Steddin y la agente Hein reconocieron en el tal Schleyer al encargado de la estación del funicular allí arriba.

—¡Se ha desatado un temporal de miedo! —explicó casi chillando, para que todos pudieran oírle—. ¡Apenas se ve! ¡Hemos decidido suspender por el momento el transporte! ¡Puede resultar peligroso!

Algunos, que tenían pensado regresar a Garmisch, soltaron exclamaciones de fastidio.

El inspector Steddin se acercó al hombrecillo.

—¿Por mucho tiempo? —preguntó.

—Asómese y calcule. Todos ustedes aquí dentro, bien calentitos y cómodos, sin enterarse de lo que pasa en el exterior... Mucho me temo que tendrá que pasar la noche aquí...

CAPÍTULO VII

Acababan de cenar, y en aquellos instantes saboreaban un humeante y delicioso café.

—Es interesante eso que me ha contado, agente Hein —habló él, algo preocupadamente—. Pero no sé cómo diablos puede encajar en todo esto.

—Yo tampoco, inspector. Es un caso bastante embrollado. Incluso tal vez nos estemos equivocando, y nadie de todas estas personas que hemos interrogado, desde Karin Meisner hasta Hetty Finckel, tenga nada que ver con el asesinato del industrial.

—No me diga que cree en la teoría del loco.

—Tampoco es eso. Posiblemente, Günter Meisner tuviera relaciones con otras personas que también están pasando aquí el fin de semana.

—Tenemos cuatro grupitos, uno de ellos no del todo claro, ¿qué más queremos? ¿Aún más personas que conocieran y tuvieran algo que ver con el industrial?

—Sí, pero no hay que dejar ningún cabo suelto.

—¿Qué cabo suelto estamos dejando?

—Debiera haber encargado a un grupo de agentes que investigaran por toda la ciudad acerca de Günter Meisner. Tal vez así se descubriera algún que otro «grupito», como usted dice.

—Ya lo hice.

Ella frunció el ceno. Él prosiguió, sonriendo:

—¿A qué cree que fui un poco antes de cenar? Llamé por teléfono a la Central. Esta mañana ya había dado órdenes para que se hiciera eso que usted ha sugerido ahora. Hablé con el inspector Roth. El resultado ha sido negativo. Nada de nada.

—Parece que lo haga adrede —dijo ella, componiendo un mohín de disgusto.

—¿El qué?

—No me dice nada y espera a que yo hable. Entonces...

—Oh, vamos, no sea quisquillosa.

—Es la verdad.

—Simplemente me olvidé. No le di ninguna importancia. Y así ha sido: no la tenía.

—Es usted muy listo.

—Para que vea que no es verdad. Le he rogado a Roth que vaya a la sala de fiestas Barbarella y compruebe las coartadas de Krafft y Brühl, ya que nosotros no podremos hacerlo por estar aquí atrapados. Y no vamos a esperar a mañana por la tarde. Roth adelantará ese camino. En fin, ¿ve como se lo digo todo... cuando me acuerdo?

Ella, no muy convencida, se abstuvo de hacer comentarios. Tomó la tacita de porcelana y bebió un sorbo.

El inspector Steddin añadió:

—Hasta el momento está colaborando muy bien. Incluso me ha facilitado datos que me hubieran costado horas o días conseguir, gracias a que usted es de München y conoce el mundo social de la gran ciudad mejor que yo. Tomemos como ejemplo el caso de Hetty Finckel. Ella nos; dijo que era abogado. Muy bien. Eso era satisfactorio para mí, al menos de momento. Pero he aquí que usted, al saber su nombre y su profesión, recuerda haber oído hablar de ella. Se trata de una abogado que sus superiores de München han nombrado delante de usted en alguna que otra ocasión, y no para alabarla precisamente.

Resulta que Hetty Finckel siempre actúa como abogado defensor de jóvenes ultraderechistas, y se sospecha de ella como también ocurre con los que defienden a los anarquistas de la banda Baader-Meinhof. Está claro, aunque no probado, que la información del exterior que reciben estos presos procede de sus abogados, al igual que a través de ellos imparten órdenes o consignas. La sociedad es una gran mascarada donde todos confiesan buscar el bien común, desde un ala hasta la otra, pero eso no es cierto. Sólo defienden sus propios intereses. Y esto vale tanto para el que va vestido de caballero como para el que va vestido de terrorista. Posiblemente, con gran dolor, haya que reconocer que este último sea el menos hipócrita.

—Ahora se van —dijo ella, mirando hacia su derecha.

Horst Steddin también miró y pudo ver cómo Hetty Finckel y Peter Speer se alejaban, charlando alegremente entre ellos.

—¿Cree que estarán liados? —preguntó Heidi Hein—. Ella le llamó Peter a secas.

—No sé. Dicen que se conocieron ayer tarde...

—¿Qué significa eso hoy?

—Tiene razón.

—¿Y qué relación puede haber entre ellos, un banquero y una abogada sospechosa de colaborar con la ultraderecha, y un industrial como Günter Meisner?

—Éste es el grupito deslocalizado, agente Hein.

—Oh, ya.

—Los otros tres están claros. Uno: Karin Meisner, Adolf Müller, Gerd Meisner y Ruth Jara. Dos: Hansjorg Krafft y Franz Brühl. Y tres: Helmut Vogel y Hilde Vogel.

—Pero falta el móvil.

—Si tuviéramos el móvil, tendríamos el grupito.

—El único móvil que hasta ahora se me ocurre es que realmente haya algo entre Adolf Müller y Karin Meisner, una relación amorosa, por ejemplo. Y Adolf Müller le matara por celos, o cosa parecida.

—Un crimen pasional, ¿no?

—Sí.

—Sería la solución más fácil.

—¿Usted no cree en los casos sencillos?

—Por supuesto que sí.

—Pero no cree que éste lo sea.

—Me huele mal, simplemente.

—¿Le ha fallado alguna vez su olfato?

—No.

—Lo dije: es usted muy listo.

—Ahora creo que es usted la que se burla de mí.

—Luego reconoce que antes se estaba usted burlando de mí.

—Oh, no empecemos de nuevo.

—Esta vez empezó usted.

—Bien. Dejémoslo. ¿Terminó su café?

—Sí.

—Entonces podemos retirarnos.

—¿Por qué tiene tanta prisa?

—Es tarde ya. Y hay que levantarse temprano. A partir de las ocho comienza a funcionar el funicular, si es que este maldito temporal ha pasado.

—A mí no me agrada que tengamos que pasar la noche en una misma habitación.

—Qué se le va a hacer, agente Hein. Ya oyó al recepcionista. Sólo quedaba una disponible.

—Sí —suspiró—. Qué se le va a hacer.

El cementerio no estaba lejos, un poco más allá de Hormannstrasse. Se trataba de un lugar desierto, poco iluminado, inhóspito.

Cuando Gerd Meisner se dio cuenta de lo que iba a suceder, de que aquello no era una cita para discutir el asunto, sino una trampa, ¡una trampa! ya fue demasiado tarde para él.

Una sombra se abalanzó súbitamente sobre él, saliendo de un sitio insospechado, como era el asiento trasero del coche.

No le dio tiempo a volverse para reconocer a quien ya le sujetaba por debajo de la barbilla, haciéndole presión con el brazo en el cuello, ahogándole materialmente, con una fuerza superior a la suya.

No vio a su asesino, no. Pero sí vio aquella mano que partía del oscuro cielo, allá arriba, como una pequeña lucecita.

Era la larga y reluciente hoja de una navaja. Y la mano caía sobre él, una y otra vez, sin parar, sin fatiga, como los densos copos de nieve en aquella noche fría, negra y nada agradable.

Pero los copos de nieve eran suaves, cariñosos, a veces ligeramente molestos. En cambio, la mano armada era dolorosa, implacable, nauseabundamente brutal. Le hería, le destrozaba por dentro.

Chilló, pero aquel paraje era solitario. Y además, sus chillidos fueron apagándose poco a poco, como su vitalidad. Sus ojos, dilatados por el horror y el lacerante dolor, sólo vieron a la figura menuda que asistía, impasible, a la escena. Alargó una de sus manos, con los dedos engarfiados, en patética súplica de ayuda.

La hoja de acero continuó cayendo sobre él, como los densos copos de nieve, una y otra vez. Y la nieve se hizo roja. Y sus ropas. La vista se le nubló. Y desapareció la figura menuda. Y el dolor. Y la

angustia. Y la vida.

El coche partió, alejándose. Gerd Meisner quedó tumbado en una postura grotesca, roto, destrozado, desangrado, al igual que su padre, sobre el blando manto de nieve, que poco a poco iba cambiando de color, oscureciéndose. El cielo siguió regalándole copos de nieve, como si de flores blancas se tratara.

El cementerio no estaba lejos...

—Bien —exclamó el inspector Steddin—. Ésta es la habitación.

Heidi Hein echó un rápido vistazo a su alrededor y comentó:

—Sólo hay una cama.

—Eso no es problema —dijo él, quitándose el anorak—. Usted dormirá en ella y yo lo haré sobre ese sofá. ¿Conforme?

—De acuerdo.

Ella se acercó a la cama, la toqueteó para ver cuán mullida estaba. Luego apartó mantas y sábanas y se metió dentro.

—¡Eh! —le llamó la atención Horst Steddin—. ¿No irá a dormir vestida?

La agente Hein no le contestó. Comenzó a moverse por debajo de las mantas y poco después sacaba al exterior sus ropas, que dejó sobre una silla que tenía a mano, siempre procurando no mostrar más abajo del nacimiento de sus senos.

—Podía haberme pedido que diera la vuelta y lo habría hecho con más soltura —dijo él.

—Así está bien.

—Ya veo que no se fía de mí.

—No tengo nada contra usted, inspector.

—¿No se ha acostado nunca con un hombre?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Bueno, sólo era curiosidad. Si quiere contesta, si no, no conteste.

—Usted está harto de acostarse con mujeres, ¿no?

—¿A qué viene esa pregunta? —repitió las palabras de ella.

—Es más o menos lo mismo que usted me preguntó.

—Está bien. Juego limpio. Desde luego que ha habido algunas mujeres en mi vida. No muchas, pero sí algunas. Por supuesto, no estoy harto de acostarme con mujeres. ¿Ve...? En estos momentos lo voy hacer sólo en el sofá.

Así diciendo, se tumbó y se echó el anorak por encima. Ella no

dijo nada.

—El interruptor de la luz está al alcance de su mano, agente Hein.

—¡Oh!

Le dio y apagó la luz. Durante unos instantes reinó un profundo silencio. Escucharon los pasos de alguien que se dirigía a una habitación cercana.

—Bueno —dijo al fin ella.

—¿Qué dice? —preguntó él.

—He dicho sólo «bueno».

—¿Significa eso algo?

—Bueno, iba a decirle que... bueno, yo también me he acostado con algún que otro hombre. Pero eso no quiere decir que por ello no guarde mi sentido del pudor. ¿Está claro?

—Perfectamente.

—Buenas noches, entonces.

—¿Se está bien en la cama?

—Sí.

—Yo estoy aquí algo incómodo.

—Lo siento, inspector.

—Una lástima que sólo hubiera una cama.

—Ya lo dijo usted: qué se le va a hacer.

—Lo malo es que aquí voy a acabar cogiendo tortícolis. ¿Sabe lo que es eso?

—Sí. Es un dolor en el cuello que obliga a tener este torcido.

—¿Y no le da pena que yo mañana tenga que ir así, con el cuello torcido?

—Mire, inspector. Déjese de tonterías y hablemos claro. Usted lo que quiere es venirse a la cama conmigo, ¿no?

—¡Por favor, agente Hein...! ¿Quién ha dicho eso?

—¡Usted lo está insinuando!

—Está equivocada. ¿Por qué iba yo a querer acostarme con usted?

—Eee...

—¿Ve? No encuentra respuesta. ¿Por qué? Porque no la hay.

—¡Es usted un...!

—¿Qué?

—Me olvidé que era el jefe. Buenas noches, inspector.

—Antes se me olvidó preguntarle una cosa.

—¿De qué se trata?

—¿Cuándo hizo por última vez el amor?

—Creía que se trataba de una pregunta referente al trabajo, inspector. Esa clase de preguntas no estoy en la obligación de responderlas. Por otro lado, he de decirle que se está usted comportando de una manera que deja mucho que desear.

—Ya veo. Estoy bajando enteros en su cotización.

—Eso es. Buenas noches, inspector.

—Oiga, hablemos claro. Somos personas civilizadas y podemos entendernos. ¿Por qué no dormimos juntos en la misma cama?

—¡Usted está loco!

—No. Además, creo que hasta el momento no me ha entendido.

—¡Claro que lo entiendo! ¡Es usted un obseso sexual!

—No, no me entiende, agente Hein. Yo sólo busco dormir en la cama.

—¡Sátiro!

—Dormir. «Dormir». Pero ¿es que no lo comprende?

—¡Por supuesto que comprendo lo que significa la palabra dormir!

—Yo creo que está usted muy influida por los simbolismos. Dormir, en mi argot, significa cerrar los ojos, poner la mente en blanco y descansar, tal vez soñar.

—¿Có... cómo?

—Esto que estoy tratando de hacer aquí, pero en un sitio más cómodo. Esa cama es lo suficientemente ancha para algo es de matrimonio, como para que quepamos los dos pacíficamente, sin ninguna clase de contacto, y podemos descansar durante unas cuantas horas en completa tranquilidad. Eso es lo que estaba tratando todo el rato de decirle.

—No me lo creo.

—Allá usted.

—No. Allá usted. Porque es usted quien va a continuar incómodo.

—Tiene razón. Es usted cruel, agente Hein.

—Buenas noches, inspector.

De nuevo reinó el silencio en la estancia. Al cabo de un rato sonó un ruido, como el de un cuerpo al chocar contra el suelo.

—¿Qué ha ocurrido? —se alarmó ella.

—Me he caído —explicó él—. No me acordaba de que esto es más estrecho que una cajita de fósforos.

—Oh, inspector, ya me está cansando con sus tonterías.

—Lo siento.

—Parece un chiquillo.

—Por favor...

—Sí, lo parece. ¿Tan importante es para usted acostarle en la cama conmigo?

—Ya sabe: sólo me gustaría dormir cómodamente.

—Eso es una necedad. Fue usted mismo quien propuso que yo durmiera aquí. ¿No se acuerda?

—Sí, pero luego me lo pensé mejor.

—Está bien. Yo también me lo he pensado mejor. Ande, venga acá.

—¿De verdad?

—Sí, venga.

—Dé la luz, por favor. No quisiera tropezar.

La habitación se vio nuevamente iluminada. El inspector Steddin llegó hasta la cama.

—Gracias por su amabilidad, agente Hein —dijo.

—Siempre conviene estar a buenas con el jefe —sonrió ella, desde un lado de la cama.

Él entró en el otro. Los dos se miraron, tres palmos de cama libre entre ellos.

—¿Puedo apagar la luz? —preguntó ella.

Él asintió con la cabeza. Una espesa oscuridad los envolvió.

Transcurrieron un par de minutos. Luego, él notó cómo una mano recorría su cintura.

—¡Eh! —exclamó.

Se encontró con la voz y el aliento de ella junto a una oreja.

—Mi pensamiento completo es el siguiente, inspector: tal como están las cosas, es mejor un ataque que una defensa. Además, yo soy una chica muy liberal y pienso que no está bien que siempre sea el hombre el primero en mover las manitas, ¿no le parece, inspector?

—¡Agente Hein!

—Llámeme Heidi, inspector. ¿No era esto lo que buscaba? Dígame, ¿qué le parece?

CAPÍTULO VIII

Cuando llegaron a la Central, el inspector Roth les trajo un par de noticias.

La primera:

—Estuve anoche en el Barbarella y hablé con los camareros. Me llevé conmigo a los dos, como me aconsejaste. Los camareros recordaban, bueno, uno de ellos, recordaba haberles servido, pero ya no sabía más porque se había despreocupado totalmente de los dos hombres de cine. Ten en cuenta que el billete de entrada da derecho a una consumición, consumición que les fue servida al principio, junto con Meisner, y como no volvieron a repetir... Entonces nos dirigimos al guardarropa y hablamos con la chica encargada. Es una joven muerta de sueño, que actúa por automatismo. Ni los recordaba siquiera. Ella recoge el número, busca la ropa y la entrega al cliente. No le mira a la cara. No le importan las caras. Krafft y Brühl se violentaron un tanto y tuve que calmarlos. Los dejé muy enfadados en el hotel.

Y la segunda:

—Gerd Meisner ha sido asesinado.

Horst Steddin no pudo evitar un parpadeo de sorpresa. Heidi Hein repitió como un eco:

—Gerd Meisner ha sido asesinado.

—Eso he dicho —asintió el inspector Roth, cabeceando—. Fue descubierto esta madrugada, cuando cesó de nevar. Lo encontró un vecino del cementerio. Presentaba el mismo aspecto que su padre. Otra vez el asesino de la navaja.

—Esto ya descarta totalmente la teoría del loco. Demasiada casualidad que un loco asesino se cargue a dos miembros de una misma familia.

—En efecto —estuvo de acuerdo Heidi Hein.

—¿Qué hacía Gerd Meisner por las intermediaciones del

cementerio?

—Supuse que querrías ser tú quien hiciera las investigaciones, ya que llevas el asunto del padre. Sólo me he ocupado de los trámites burocráticos. No he hablado con la madrastra y la novia.

—Pero ¿lo saben ellas?

—Sí. Uno de los muchachos fue a comunicárselo. Según me dijo se quedaron altamente impresionadas.

—Está bien, Roth. Gracias.

—Hasta luego. Los papeles con los primeros datos técnicos del crimen los tienes ahí sobre la mesa. No es mucho.

El inspector Roth salió del despacho. La agente Hein aprovechó entonces para sentarse.

—No es tiempo para sentarse, Heidi —le dijo Steddin—. Hay que ponerse a trabajar rápidamente. Esto está tomando un cariz que no me gusta nada.

Ella se puso de nuevo en pie.

—¿Por dónde empezamos?

—Esta vez nos vamos a separar. Tú te encargarás de hacer el trabajo que tenía previsto para esta mañana. Visitarás el hotel de los Vogel para comprobar si alguien los vio salir después de la hora en que ellos manifestaron haberse retirado. Luego irás al hotel donde dice que fue Peter Speer y trata de saber si estuvo allí. Yo me voy al Ludwid para hablar con Ruth Jara y Karin Meisner.

—Las mujeres para ti, ¿eh?

—No creo que estén para «ligues»...

Horst Steddin tomó los papeles de la mesa y los leyó rápidamente por encima.

—Según el informe preliminar del forense, parece ser que el crimen se cometió por la noche.

—Otra vez igual —suspiró ella—. De nuevo vamos a tener que comprobar qué hizo cada sospechoso anoche.

—Con la nevada que cayó, no era una noche muy apropiada para salir por ahí. Bien. En marcha.

No lloraban, pero estaban pálidas, algo demacradas.

Se encontraban en la habitación de Karin Meisner, fumando y mirándose a las caras silenciosamente.

—Lo siento —fue lo primero que dijo el inspector Horst Steddin, después de saludar.

Tomó asiento y aguardó unos instantes. Ellas le miraron, esperando sus preguntas.

—¿Qué saben? —preguntó al fin.

Karin Meisner se encogió de hombros. Ruth Jara dijo, los labios temblorosos:

—No estuve con él anoche. Me dijo que tenía que salir.

—¿Salir?

—Sí.

—¿Adónde?

—Eso no me lo dijo.

—A ver, cuénteme cómo fue su conversación con él.

—Después de la cena, le propuse se viniera conmigo a mi habitación, pues ya que no habíamos estado juntos la noche anterior por culpa de mi indisposición... En fin, usted entiende. Él se disculpó, diciendo que tenía que salir. Le pregunté a dónde, pero se hizo el distraído.

—¿Y no lo volvió a ver?

—No. Me retiré a mi habitación y me acosté. Estuve leyendo un rato y luego me dormí.

—¿Y usted, señora Meisner?

—Sólo estuve con él durante la cena. Permanecimos los tres juntos. Hablamos del regreso a München, del traslado del cuerpo de mi marido... Luego, los dejé a los dos solos.

—¿Se fue a su habitación?

—Sí, me vine aquí. Y no salí para nada.

—¿No observó nada raro en su hijastro?

—No...

—¿Y usted, señorita Jara?

—Tampoco.

—¿No saben con quién tenía que verse?

—No —respondieron al unísono.

—¿No le vieron hablar con nadie por la tarde?

—Yo pasé sola la tarde en mi habitación, aquí —contestó Karin Meisner.

—Yo estuve con él, tras su regreso del Depósito —añadió Ruth Jara—. No le vi hablar con nadie.

—¿No se separaron hasta la hora de la cena?

—Bueno, sí. Yo salí un rato para hacer una compra. Él prefirió

quedarse.

—¿Adónde fue usted? ¿Qué compró?

—Bueno, no creo que eso...

—Conteste, por favor.

—Yo...

—¿Por qué vacila?

—Es que... fui a comprar un paquete de compresas. A eso salí.

No creo que eso tenga interés para el caso.

—Perdone.

Horst Steddin se levantó.

—Eso es todo, por el momento —dijo.

Karin Meisner le acompañó hasta la puerta. Poco después el inspector se detenía en recepción.

El encargado ya le conocía del día anterior.

—Buenos días, inspector —le saludó.

—Hola, amigo. ¿Estaba usted aquí anoche?

—Hasta las doce.

—Me sirve —musitó, pensando que según el informe preliminar del forense el crimen se había cometido entre las diez y media y las once de la noche.

—¿Qué desea saber?

—¿Vio usted salir anoche al señor Gerd Meisner?

—Me lo estoy preguntando desde que he sabido de su muerte, inspector. Y la respuesta es no. No le vi salir anoche.

—Sí que es extraño.

—Tal vez no quería que se supiera que salía. Uno no puede estar vigilando constantemente el ir y venir de la gente. Entonces, si alguien quiere pasar desapercibido, puede conseguirlo.

—Entiendo. Pero el hotel supongo que tiene unas salidas de emergencia, unas salidas traseras...

—Sí, inspector.

—Pudo salir por una de ellas.

—Normalmente están cerradas, pero...

—¿Qué?

—A lo mejor logró abrir una de ellas con una ganzúa, y luego la cerró. Pero ¿por qué todo eso, inspector?

—Eso mismo me pregunto yo.

—De todas formas, éste es un buen hotel, con abundante

clientela. Creo que no es difícil, sobre todo si uno se lo propone, salir y entrar sin ser visto.

—Pero eso es muy poco factible más allá de las nueve de la noche. A partir de esa hora, el movimiento de personas disminuye notablemente. Usted lo debe saber mejor que yo.

—Sí, es cierto —reconoció el recepcionista—. En fin, ¿qué quiere que le diga? —Se encogió de hombros—. ¡Oh, sí, hay otra cosa! —exclamó de pronto.

—¿De qué se trata?

—Hubo una llamada telefónica ayer tarde para el señor Gerd Meisner. ¡Ya no me acordaba!

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Muy sencillo. El señor Meisner no se encontraba en su habitación. Por tanto, se hizo el ruego clásico por el altavoz. El señor Meisner se hallaba en el bar, si mal no recuerdo. Vino aquí, a recepción, y habló desde aquel teléfono —señaló uno al final del mostrador.

—¿Sobre qué hora fue eso?

—No se lo sabría decir con exactitud.

—¿Quién se encarga de la centralita?

—Una joven, Inga Bjorn. Es de origen sueco.

—¿Era ella quién se encontraba ayer tarde de servicio?

—Sí.

—Quisiera hablar con ella.

—Le acompañaré.

El recepcionista telefoneó para que otro empleado viniera a sustituirle.

Inga Bjorn era una muchacha rubia y delgada, de aspecto algo tímido.

—Sí... sí lo recuerdo —empezó diciendo—. Llamé a su habitación, pero no contestaba. Así que pasé aviso para que lo llamaran por el altavoz, pensando que pudiera estar en otra parte del hotel.

—¿Recuerda quién le llamó?

—Era un hombre, sí. Sólo dijo: la habitación veinticinco, por favor.

—O sea, conocía el número de habitación que Gerd Meisner ocupaba.

—Así parece...

—No sabe de dónde llamaba, ¿verdad?

—No...

—Cuando un cliente quiere hacer una llamada al exterior, tiene que pasar por aquí, ¿no?

—En efecto. El cliente me dice el número con el que quiere hablar y yo le pongo en contacto.

—Usted toma nota de la llamada, para que luego pase a la cuenta.

—Sí.

—Muy bien. ¿Recuerda sobre qué hora recibió esa llamada Gerd Meisner?

—A última hora de la tarde. Sobre las siete, siete y media.

—Ya. ¿Está dispuesta a ayudarme, señorita Bjorn?

—Por supuesto, inspector.

—Busque los teléfonos de los hoteles siguientes: Kahl, Werinher, Gustav... y también del Berggasthof, en el Eckbauer.

—Sí, inspector.

—Mientras tanto, póngame en comunicación con la habitación veintisiete.

La chica actuó con diligencia.

—¿Señora Meisner? —inquirió Steddin—. Sí, soy el inspector Steddin de nuevo. Haga el favor de decirle a la señorita Jara que se ponga al aparato.

—Inspector... —Oyó al momento la voz de Ruth Jara.

—Lamento molestarla nuevamente, señorita Jara.

—No me molesta, inspector.

—¿Sabía usted que su novio recibió una llamada telefónica a última hora de la tarde?

—No...

—¿No se lo dijo?

—No.

—Eso quiere decir que no estaban juntos cuando la recibió.

—Debió suceder cuando yo fui a hacer mi compra.

—Eso pienso yo. ¿A qué hora fue?

—Sobre las siete y media, creo. Tuve que ir a una farmacia de guardia.

—Ya. ¿Y dónde se quedó él?

—En el bar.

—¿Y no le comentó nada cuando usted regresó?

—Ya le he dicho que no, inspector. Sólo cuando le hablé de pasar la noche juntos, me dijo que no podía ser, que tenía que salir.

—Está bien. Gracias, señorita Jara.

—De nada, inspector. Sabe que me tiene a su disposición para todo lo que sea tratar de descubrir al autor de estos salvajes crímenes.

El inspector Steddin miró a la encargada de la centralita.

—¿Tiene ya los teléfonos de los hoteles?

—Sí, inspector.

—Entonces hable con sus compañeros o compañeras. Pregunte si alguno de ellos llamó aquí, a este hotel, alrededor de las siete y media de la tarde de ayer. Caso de que así sea, que le proporcione todos los datos que recuerde o tenga anotados.

—Sí, inspector.

La joven de origen sueco comenzó su tarea. Horst Steddin aguardó impaciente. Se había dejado llevar por una corazonada: la posibilidad de que la persona que llamó a Gerd Meisner fuera una de las sospechosas.

Estaba convencido de que entre éstas andaba la intriga. No se equivocó. Inga Bjorn, al cabo del rato, le dio la siguiente respuesta:

—Werinher Hotel. Habitación quince. El cliente se llama Adolf Müller.

Las investigaciones llevadas a cabo por la agente Heidi Hein resultaron un tanto monótonas, sin ningún interés trascendental.

En el Gustav Hotel, por supuesto que sabían quién era el matrimonio Vogel. Pero no, no recordaban haber visto entrar o salir a altas horas de la noche a él o a ella. No la noche última ni la anterior.

En el Patton Hotel ni siquiera sabían quién era Peter Speer, el banquero muniqués. Posiblemente si éste hubiera oído a los empleados, se habría enfadado sobremanera, heridos su orgullo y su vanidad. Nadie lo recordaba, nadie lo había visto por allí.

—Pero eso no quita para que no estuviera —le dijo uno de recepción—. Aquí hay un gran movimiento de gente, unos entrando y otros saliendo. Si tuviéramos que recordar a todos los que sólo se limitan a preguntar el precio, por un amigo, o cosa por el estilo, nos

volveríamos locos.

Heidi Hein volvió a la Central bastante desilusionada.

CAPÍTULO IX

Adolf Müller ya estaba informado de la muerte de Gerd Meisner. La aparición del inspector Steddin en su habitación le puso más nervioso todavía... sobre todo cuando éste comenzó con sus preguntas.

—¿Qué hizo usted ayer noche, señor Müller?

—Estuve aquí, en el hotel.

—¿Seguro?

—Sí, inspector. Hacía un tiempo de perros. Lo mejor era permanecer aquí.

—¿Por qué llamó por teléfono ayer tarde a Gerd Meisner?

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Me ha escuchado perfectamente.

—Yo no...

—Lo he comprobado hace un instante. Antes de subir aquí, a su habitación. Hizo usted una llamada al Ludwig Hotel, alrededor de las siete y media. Precisamente a esa hora se recibió una llamada en el Ludwig Hotel. Un hombre quería hablar con el ocupante de la habitación veinticinco. Ése era usted.

Se hizo un profundo silencio entre los dos. Las manos de Adolf Müller temblaban.

—Por otro lado —prosiguió al rato el inspector Steddin, dispuesto a desmoralizar totalmente a su interlocutor—, también he comprobado en el Ludwig Hotel que la señora Meisner, ayer solicitó una llamada con este hotel, y hoy otra. Y usted, aparte esa llamada de ayer tarde a las siete y media, anteayer tarde, nada más llegar, pidió comunicación con el Ludwig Hotel. Todo esto, aparte algunas observaciones hechas durante nuestra anterior entrevista, me demuestra que usted y la señora Meisner se conocen bien, tienen relación... En fin, quisiera escuchar sus explicaciones antes de tener que componer mi propia historia. Le aseguro que no le gustaría

nada. Es la clásica historia pasional, del hombre celoso que asesina...

—¡No! —le cortó el otro violentamente.

—Está bien, señor Müller. Le escucharé antes. Soy todo oídos.

Adolf Müller se dejó caer, abatido, sobre una butaca. Se retorció nerviosamente las manos, miró primero al impertérrito inspector Steddin y luego al suelo. Así, cabizbajo, comenzó a hablar.

—Es cierto. Llamé ayer tarde a Gerd Meisner. Y también es cierto que Karin y yo hemos mantenido conversaciones telefónicas. Ella y yo... bueno, somos amantes.

—Ajá.

Adolf Müller levantó la vista y exclamó a continuación con mucha vehemencia:

—¡Pero yo no he asesinado a nadie!

¿También con mucha sinceridad? se preguntó el inspector Steddin.

—Empiece por el principio, señor Müller. Por sus relaciones con la señora Meisner.

—No hay mucho que contar. Ella y yo nos conocimos hace tiempo, antes de que se casara. Enseguida congeniamos.

—Pero ella se casó con otro. ¿Por qué?

—Günter Meisner le podía ayudar grandemente en su carrera.

—Y usted lo consintió. Estuvo de acuerdo.

—Digamos que lo comprendí. Ella iba a seguir queriéndome a mí, no a él.

—Pero...

—Yo no soy celoso, inspector —por primera vez intentó una sonrisa—. Ése es el primer error de su historia. Yo estaba, y estoy, seguro del amor de Karin.

Además, Günter Meisner no se podía comparar a mí. Ni por edad ni por nada.

—Está bien. Entonces tenemos que descartar la teoría de que Günter Meisner descubriera este amor secreto y usted lo matara.

—Por supuesto.

—Entonces demos un pequeño salto y trasladémonos a ayer por la tarde. ¿Por qué telefoneó a...? Espere un momento. Antes otra cosa. ¿Qué tienen que ver las llamadas telefónicas sostenidas entre usted y Karin Meisner?

—Nada. Eran simples llamadas entre dos personas que se aman. Cambiábamos impresiones sobre los sucesos, sobre nuestras cosas...

—Bien. ¿Por qué telefoneó a Gerd Meisner ayer tarde?

—Quería hacer un trato con él.

—¿Un trato?

—Sí.

—¿Qué tenía él que ver en este asunto?

—Gerd Meisner era un cerdo.

—Cuidado con lo que dice, señor Müller. Esto puede implicarle.

—Sé muy bien lo que digo, inspector. Usted comprenderá enseguida mis anteriores palabras.

—Adelante.

—Gerd Meisner se dedicaba a hacer chantaje a su madrastra.

—¿Cómo?

—Sí, inspector. Gerd Meisner había descubierto lo nuestro en München. Y no contento con eso se las arregló, no sé si lo hizo él mismo o contrató a un detective privado, para tomarnos unas fotos. Una entrando en un motel, otra besándonos en la calle...

—¿Y cómo hacía chantaje a su madrastra? Dinero no...

—Por supuesto que dinero no le hacía falta. Tenía todo lo que quería. Era un auténtico hijo de papá.

—¿Entonces...?

—¿No se lo imagina?

—Pues... ¿No me querrá decir usted que...?

—Exactamente, inspector. Le obligaba a tener relaciones íntimas con él. Ya le dije antes: era un cerdo.

—¿Él no sabía que usted estaba al tanto de esto?

—No.

—¿Y la señora Meisner accedía?

—No sé si se habrá dado ya cuenta; es algo a lo que yo ya me acostumbré hace tiempo: Karin es capaz de todo por su carrera cinematográfica. Tal vez usted me tache de hombre débil, pero es mucho lo que la quiero, y he seguido a su lado a pesar de todo.

—Ya.

—Gerd la había amenazado con entregarle esas fotos a su padre. Ella sabía que eso significaría su ruina. Este último contrato firmado el viernes por la noche se hubiera ido al cuerno.

—Sí, entiendo.

—Incluso esa misma noche sucedió algo que usted todavía no sabe. Karin y Gerd pasaron buena parte de ella juntos, mientras asesinaban a Meisner. Por tanto, ellos no pudieron ser. Tenían una estupenda coartada, pero claro, no se la podían contar.

—Eso es interesante.

—Yo me fui aquella noche enseguida de la reunión porque no soportaba ver a Gerd. Me ponía enfermo. Por eso me largué, excusándome con unas mentiras. El resto lo supe más tarde gracias a Karin, mediante una de las llamadas telefónicas a las que usted ha aludido antes. Cuando Krafft y Brühl propusieron salir por ahí e ir a una sala de fiestas, al ver que su padre se unía a la idea, Gerd retuvo con un brazo por debajo de la mesa a Karin. Ella comprendió lo que quería, el muy canalla. Sabía que esa noche no iba a poder contar con su novia, indisputada con unas molestias estomacales, y no quería aburrirse. Por eso Karin no fue con su esposo.

Y los tres, Krafft, Brühl y Meisner, se largaron. Gerd y Karin subieron arriba y se metieron en la habitación de él. Allí pasaron un par de horas juntos, teniendo como ingenuo cómplice al recepcionista. Gerd, antes de subir, le dijo que le avisara cuando volviera su padre, pues quería preguntarle una cosa antes de que se fuera a la cama. Era una forma de enterarse de cuándo volvía, para así dar por finalizada la sesión. Lo malo es que nunca volvió.

—Bien. Todo esto descarta a dos personas, y a usted lo coloca, a pesar de sus palabras de defensa, en una mala situación.

—Pero es que aún no he terminado con los sucesos de esa noche, inspector. De todas formas, antes quiero hacerle ver una cosa. Si yo fuera el asesino, el hombre que ha planeado esos crímenes, ¿por qué he actuado tan inocentemente? No me preocupé de buscarme una coartada el viernes por la noche. Tampoco la tengo para esta noche pasada. Por otro lado, he actuado un tanto inocentemente con lo de la llamada telefónica. Si yo pensaba citar a Gerd Meisner para asesinarlo, es bastante ingenua mi manera de actuar. Yo he actuado pensando que la policía nunca iba a intervenir en esto, porque por la cabeza no se me había pasado la idea de que fueran a suceder unos crímenes. Si usted quita estos crímenes, se dará cuenta de que nunca se hubiera descubierto este lío... llamémosle pasional. ¿Entiende lo que quiero decirle?

—Sí. Ahora vayamos con lo que le resta por contarme. Supongo

que tendrá que ver con el trato que pensaba formalizar con Gerd Meisner...

—Exactamente. Como usted ya sabe, el viernes por la noche, después de la cena, me largué, dedicándome a pasear por la ciudad. Quería meditar acerca de mis problemas. La soledad y el silencio de la noche me eran de gran ayuda. Entonces ocurrió algo sorprendente.

—¿Qué?

—Vi a Ruth Jara.

—¿Cómo?

—La novia de Gerd.

—Pero si ella se encontraba indispuesta...

—Eso es lo que más me extrañó. Yo la hacía en la cama de su habitación, molesta, enferma... Pero he aquí que no. Iba tan tranquila por la calle, procurando pegarse mucho a los edificios, para que la ocultaran lo más posible las sombras.

—¿Y?

—No sé por qué, decidí seguirla. Al final se detuvo ante una vieja puerta de Wannerweg. Justo en el instante que ella llamaba con los nudillos, llegó un hombre, se saludaron, entonces abrieron de dentro y entraron. Como la vieja puerta aquélla no me decía nada, di un pequeño rodeo a la manzana y comprobé que se trataba de la salida trasera de un hotelucho que se llamaba Maier. Para mí estaba claro que ella se veía con otro hombre. Todo había sido una farsa, después de la cena para poder acudir a la cita sin que nadie lo supiera. Dediqué la mañana del sábado en meditar mucho en ello y llegué a la conclusión de que tenía algo bueno para poder meterle mano al cerdo de Gerd. Por eso no le dije nada a usted. Además, pensaba que este lío de parejas no tenía nada que ver con el crimen de Günter Meisner. Luego, por la tarde, me decidí a telefonear a Gerd. Le dije que viniera aquí, al hotel, después de cenar. Que tenía algo importante que ofrecerle. Yo pensaba pedirle los negativos de las fotos a cambio de la información. Información que, por otra parte, sabía le sentaría como un tiro. Era como una pequeña venganza. ¿Comprende?

Horst Steddin asintió. Y dijo:

—Pero Gerd Meisner no acudió.

—No, no vino. Me quedé esperándole.

—¿Qué hablaron por teléfono?

—Muy poco. Lo imprescindible.

—¿Se mostró preocupado Gerd Meisner?

—Sólo por mis palabras.

—¿No por algo más?

—No...

—¿Le dijo si tenía otra cita?

—No.

—Está bien, señor Müller —el inspector Steddin se puso en pie.

El actor le imitó, preguntando:

—¿Me cree?

—Tendrá que acompañarme a la Central —eludió la respuesta, pensando que todo aquello habría que comprobarlo primeramente

—. Quiero que firme una declaración escrita de todo esto.

—¿Es preciso?

—Me temo que sí. Vamos.

Adolf Müller procedió a vestirse de calle.

Ya bajando las escaleras del hotel, camino del *hall*, *el inspector dijo*:

—Por cierto...

—¿Qué? —preguntó el otro, el gesto sombrío, bastante preocupado. No sabía hasta qué punto había hecho bien contandoselo todo al policía. Ahora dudaba. Pero no había otro remedio. La llamada telefónica...

—¿Recuerda usted cómo era el hombre que entró por la puerta trasera del hotelucho Maier, con Ruth Jara?

—Pues... sí. Me fijé bien en él por si lo volvía a ver, poderlo reconocer.

—Adelante con la descripción.

Adolf Müller le fue dando toda una serie de detalles mientras llegaban al coche.

Cuarenta y cinco años. Facciones angulosas. Estatura mediana. Delgado. Gorro de lana azul. Pelliza. Pantalones de esquiar oscuros. Botas altas.

El inspector Steddin se quedó inmovilizado al ir a darle al encendido del coche. Todos aquellos datos coincidían exactamente con un hombre que aquella misma noche, la noche del viernes, había tenido algo que ver de una forma indirecta con el caso. Era la

misma descripción facilitada por Sigismund Schneider, el encargado del funicular, acerca del último cliente de aquella noche.

Se trataba de Peter Speer, el banquero muniqués.

CAPÍTULO X

—¿Qué piensas, Horst?

Heidi Hein y él se habían reunido en la Central, comunicándose el resultado de sus investigaciones.

—No sé. Todo esto es extraño. Ruth Jara, Peter Speer, Hetty Finckel. Dos mujeres y un hombre. Él se deja a una para irse con la otra. Ruth Jara deja a su novio para reunirse con un tipo maduro. No podemos pensar en una unión de tipo de conveniencia, como en el caso Karin-Günter, porque Ruth Jara proviniese de una familia acomodada y adinerada; su padre es uno de los escritores vanguardistas del momento... En fin, ahora sabremos algo más.

Así diciendo, empujó la puerta del pequeño hotel. Los dos entraron.

No había nadie en él, un tanto sucio, *hall*. *El recepcionista era un hombre calvo, regordete, de edad mediana.*

—¿Una habitación? —preguntó con sonrisa servicial y a la vez de secreta complicidad. Le enseñaron sus credenciales policiales y le borraron al instante la sonrisa.

—¿Qué... qué desean? —balbuceó. De pronto se había puesto muy nervioso.

—Queremos hablar con el dueño.

—Yo... yo soy el dueño.

—¿Nombre?

—Rolf Maier.

—¿Éste es un negocio honrado?

—¡Por favor...!

—Tenemos entendido que aquí se celebran citas clandestinas.

—¿Cómo?

—Reuniones de parejitas y todo eso —aventuró el inspector Steddin.

—No, no...

—Tenemos un testigo.

—¡Es falso! —Por primera vez elevó la voz el dueño del hotelucho.

—Es un testigo muy solvente —entró ahora en la conversación la agente Hein—. La otra noche, la noche del viernes exactamente, vio entrar en este hotel a un hombre y a una mujer. Entraron por la puerta trasera, cosa extraña, ¿no le parece?

—Como si se ocultaran de algo —remachó Horst Steddin.

—No sé... no sé de qué hablan...

—Y alguien de dentro estaba de acuerdo con ellos.

—Llamaron a la puerta y les abrieron.

—¡No puede ser! —De nuevo volvió a cobrar energías.

—Pues lo es.

—¿No sabe usted nada?

—¡En absoluto! Pueden ver el libro de registro. Verán como...

—Eso no sirve. Sabemos que ustedes los apañan. En fin, amigo, vayamos al grano —Horst Steddin chasqueó la lengua—. Sabemos a ciencia cierta que el viernes por la noche se celebró aquí una reunión un tanto extraña, fuera de la ley, y si usted no colabora, estamos dispuestos a empezar por empapelarle el negocio. Seguro que encontramos alguna excusa para hacerlo...

—Esto... esto es todo lo que tengo... —Casi lloriqueó.

—Lo sentimos —se encogió de hombros Horst Steddin—, pero el asunto es grave. Sospechamos que lo que ocurrió aquí el viernes por la noche tiene que ver con los dos crímenes últimamente acaecidos en la ciudad. ¿Ha oído hablar de ellos?

—Sí...

—Como verá, no se trata de un caso de broma —habló ahora Heidi Hein—. Esto es serio.

—Pero yo... yo...

—Usted podría colaborar. Tiene usted aspecto de hombre honrado, ¿verdad, agente Hein?

En el trabajo volvían al tratamiento. Ella asintió con la cabeza.

—Yo pienso —agregó el inspector—, que usted no necesita de un interrogatorio fuerte, ni tan siquiera que tengamos que trasladarlo a la Central. Es un hombre honrado, que colabora con la justicia. ¿Eh? ¿Qué dice?

—Tengo... tengo miedo.

—Miedo, ¿porqué?

—No... no debí aceptar...

—Aceptar, ¿qué?

—Eso que usted dijo: la reunión.

—Ah, sí. La reunión. Veo que vamos por buen camino.

—Fue culpa de un sobrino mío. Me convenció.

—¿En qué consistió exactamente la reunión? Ya sabe que nosotros sólo tenemos referencias.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

—No, señor. Mi sobrino quería celebrar una reunión con unas amistades, en un lugar discreto, sin que nadie les viera o molestara. Cosas de los jóvenes. Me rogó que le cediera por unas horas el almacén de atrás, el que hay junto a la puerta trasera, y le entregara la llave de ésta. Él se las arreglaría y yo no tendría que preocuparme de nada. Y eso fue lo que ocurrió. No sé quiénes se reunieron ni lo qué hicieron. ¡Oh, no debí ceder a la insistencia de mi sobrino! ¡Pero me convenció! ¡Me juró que no era nada malo! ¡Una reunión entre amigos...! ¡Oh...!

—Está bien, señor Maier. Dígame quién es su sobrino.

—Se llama Kurt Holzenbein. Es hijo de una hermana mía que se quedó viuda joven. Kurt siempre ha sido como un hijo para mí...

—¿Kurt Holzenbein? —rezongó el inspector Steddin, pensativo—. ¿Puedo usar su teléfono?

—Sí, cómo no.

—Gracias.

Descolgó y marcó el número de la Central. Pidió hablar con el inspector Roth, quien últimamente había empezado a colaborar con ellos en el caso.

—Oye, Dietrich, haz el favor de buscar en los archivos a un tal Kurt Holzenbein. Me suena ese nombre. Mándame lo que encuentres con uno de los muchachos.

No sólo vino uno de los muchachos, sino también el inspector Dietrich Roth.

—Ese tipo es un pájaro de cuenta —fue lo primero que dijo—. He venido porque tal vez necesites ayuda.

—Usted, quédese con este hombre —le ordenó Steddin al joven agente recién llegado—. No quiero que se ponga en comunicación

con nadie.

—Se lo he jurado —murmuró el dueño del hotelucho.

—Es mejor así. Estoy más tranquilo. Vamos.

Salieron, y Va en la calle, habló el inspector Roth.

—Kurt Holzenbein tiene un exquisito prontuario. Agitador profesional, ultraderechista de tintes neonazis, varias detenciones por diversas causas, casi todas ellas ocasionados por provocaciones, peleas callejeras y cosas por el estilo... ¿Qué tiene que ver un tipo así con el asunto de los Meisner?

—No lo sé exactamente.

—Hay algo ya claro —terció Heidi Hein, una vez dentro del coche de Steddin—. El banquero Peter Speer se relaciona con gente de la ultraderecha. Recuerden a Hetty Finckel...

Según las indicaciones de su tío, Kurt Holzenbein vivía en la Hausbergstrasse, a espaldas de la Iglesia Evangelista de Garmisch. Se trataba de un edificio de tres plantas, con cuatro apartamentos de alquiler en cada planta. Holzenbein ocupaba el número diez.

Subieron los dos inspectores, permaneciendo en la calle, junto al portal, la agente Hein. Llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una ronca voz desde dentro.

—¡Abra! ¡Policía!

Kurt Holzenbein era un tipo de veinticuatro años a lo sumo, corpulento, pelo rizado y ojos oscuros.

—¿Qué pasa? —preguntó agriamente, sin franquearles el paso.

—Queremos hablar con usted.

—¿Qué...? ¿Se me achaca un nuevo cargo? ¿Qué he hecho esta vez? ¿Romperle las piernas a una viejecita?

—Tal vez más. Queremos saber qué hizo la noche del viernes pasado.

—¿El viernes por la noche?

—Eso he dicho —cabeceó Steddin.

—Estuve con unos amigos.

—¿Dónde?

—En la casa de uno de ellos. Estuvimos de juerga, ¿saben? —Les guiñó un ojo.

El inspector Roth le cerró el otro de un tortazo.

—Mentirás a tu padre.

—¡Maldito cerdo! —barbotó el joven—. ¡Mi padre...!

El inspector Roth era de los de la vieja escuela. No se anduvo con contemplaciones. Le arreó otro tortazo.

—¿Dónde estuviste?

—En casa de un amigo. Tengo testigos.

—La palabra de tus amigos no vale un pepino. Son tan fascistas como tú.

—Sabemos dónde estuviste el viernes por la noche —terció el inspector Steddin.

—¿Entonces para qué preguntan?

—Queríamos saber si ocultabas algo. Y ya vemos que sí.

—Estuviste en el hotel de tu tío —añadió Roth—, en una reunión con ciertos personajes importantes...

—¿Qué tontería están diciendo!

—Conocemos algunos de esos personajes: Peter Speer, Ruth Jara... Pero hay algo mucho más grave: dos crímenes por medio, ¿sabes?

—¡A la mierda! —espetó de pronto, y se lanzó hacia adelante, tomando por sorpresa a los dos policías, pasando entre ellos y bajando las escaleras de cuatro en cuatro escalones.

El inspector Roth echó mano de su pistola. Horst Steddin le detuvo.

—No dispaes.

—¡Se va a escapar, el muy hijo de perra!

—La agente Hein está abajo. Sabrá que es él en cuanto le vea salir alocadamente.

—¿Acaso ya confías en una mujer policía? Hace poco echabas pestes...

Kurt Holzenbein salió, efectivamente, como un loco. No se fijó en la mujer, sólo vio que no había hombres sospechosos. Él olía a los «polis» a muchos metros de distancia. Allí no había ninguno. Tenía vía libre.

Esta vez se equivocó. Un pie se cruzó magistralmente en su camino y estrelló su cuerpo contra la nieve. Cuando fue a ponerse en pie, se encontró con el cañón de una pistola apuntándole a la cabeza.

—¡Oh, no! ¡Mujeres policías...! —barbotó, escupiendo nieve.

Kurt Holzenbein resultó ser un blando. Lo suyo eran los golpes con barras o cadenas cuando iba en grupo, o lanzar gritos histéricos

oculto entre la masa aborregada que pide derechos que nunca le serán concedidos, para agitarla y provocar la estampida. Ahora se encontraba solo, ante dos hombres duros, los inspectores Steddin y Roth, más el segundo que el primero, con unas manos demasiado ligeras. La molesta luz dándole en los ojos constantemente, las preguntas machaconas, mareantes, las «caricias» de Roth... todo eso le llevó a cantar de plano.

Se confesó miembro de la organización, neonazi La Nueva Esvástica, cuyo jefe era Udo Kaszner, terrorista de la ultraderecha por el que las autoridades alemanas ya ofrecían la nada despreciable cifra de 1000 marcos. Éste le había ordenado conseguir un lugar discreto para una reunión con varios «consejeros promotores» —como así los llamaban—, de la organización. Y eso había hecho, valiéndose del hotelucho de su tío.

No sabía dónde podía encontrarse Udo Kaszner. No tenía residencia fija. Y era él quien siempre entraba en comunicación con él, Kurt.

Tampoco sabía quiénes eran esos importantes «consejeros promotores». Él le había entregado la llave de la puerta trasera a Udo Kaszner y a su lugarteniente, un tal Karl Schmidt, y ellos se encargaron de recibir a esas misteriosas personas. Eso era todo.

—Peter Speer no pudo ser el asesino —dijo el inspector Roth.

—Y Ruth Jara tampoco —agregó la agente Hein—. Es una mujer menuda. Imposible que cometiera esa carnicería.

—Bien —exclamó el inspector Steddin—. Nos falta el asesino, pero tenemos algunas posibilidades de echarle mano. Tengo un plan.

—¿No crees que debíamos ir por Speer, Finckel y Jara y obligarles a hablar? —inquirió Roth.

—Esa gente no hablará. No es de la pasta de Holzenbein. Tienen dinero, se saben poderosos, la Finckel es abogado y no debe ser tonta. No, hay que cogerlos con las manos en la masa. Y aún podemos hacerlo. Hay alguien que nos puede ayudar mucho.

Ese alguien se llamaba Adolf Müller. El plan consistía en que hiciera con Ruth Jara lo mismo que pensaba hacer con Gerd Meisner. Un trabajo de actor, sencillamente.

—¿Señorita Jara? —La llamó por teléfono—. Soy Adolf Müller. Tengo algo muy importante que venderle.

—¿Sí? Dígame.

—Pensaba venderle la información primeramente a su novio, ¿sabe? —rió—, pero se murió antes de que pudiéramos vernos. No acudió a la cita que tenía conmigo.

—No sé de qué me habla.

—Ahora mismo lo va a entender todo, señorita cuentista. Usted no estaba enferma el viernes por la noche. Yo la vi caminar por las calles de esta ciudad...

—¡Mentira!

—Sé más. Se reunió con un hombre, del cual tengo los datos y del que ya he logrado saber su nombre, un tal Peter Speer, banquero de München. Ambos se reunieron en la puerta trasera de un hotelucho de la Wannerweg. El hotelucho se llama Maier.

—Todo eso que dice es...

—No me interrumpa, por favor. Yo pensaba venderle esta información a su novio para hacerle un favor. El chico me caía simpático —otra vez rió—. Ahora lo he pensado detenidamente y me he preguntado si todo esto que sé de usted puede tener algo que ver con las cosas raras que han sucedido en torno a los Meisner. Pienso que a lo mejor esto que yo sé tiene algún valor para usted. ¿Le gustaría que lo supiera la policía, señorita Jara?

—Escuche, señor Müller... —El tono de su voz había cambiado por completo. Había una nota de angustia.

—La estoy escuchando, señorita Jara. Espero su oferta.

—Creo... creo que podríamos vernos y hablar de esto cara a cara.

—Me parece bien. Es usted muy bonita. Me complacerá verla. ¿Dónde y cuándo?

—Yo pasaré a recogerle en mi coche. Dentro de una hora. ¿De acuerdo?

Los inspectores Roth y Steddin montaron un gran aparato policial. A Adolf Müller se le colocó un pequeño transmisor en el cinturón de su pantalón, por si acaso se les escapaba el coche de Ruth Jara. La policía de Garmisch trabajó contra reloj, pero al final todo estuvo listo.

La gran sorpresa se la llevaron todos cuando, ya en descampado, blanco por la nieve, brotó del asiento trasero del coche de Ruth Jara el asesino, dispuesto a repetir el crimen cometido en la persona de

Gerd Meisner.

El asesino era el coronel Helmut Vogel.

A la reunión con Udo Kaszner habían asistido Ruth Jara, Peter Speer y Helmut Vogel. Udo Kaszner quería cambiar impresiones con ellos. A la salida, Peter Speer se encaminó hacia la estación del funicular —Hetty Finckel no había acudido por encontrarse indispuesta, ésta sí, de verdad—, mientras que Ruth Jara y Helmut Vogel caminaron unos metros juntos, en dirección contraria al anterior.

Y no tuvieron la suerte de cara. Se encontraron de súbito, inesperadamente, con un alegre Günter Meisner, quien cantando una tonadilla popular, volvía al hotel. El industrial conocía también al coronel, sabía que era el nuevo marido de su exesposa. Precisamente, hacía unas semanas se habían encontrado en una fiesta celebrada en Schwabing.

—Ruth, ¿no estabas enferma? ¡Vogel! ¿Cómo los dos juntos?

Helmut Vogel tuvo miedo y actuó con rapidez. Su carrera militar podía peligrar a causa de aquel encuentro fortuito. Amenazó con la pistola que llevaba en la axila al industrial y ordenó a Ruth Jara que regresara al hotel.

El coronel obligó a Günter Meisner a caminar, saliendo del casco urbano y aproximándose inconscientemente a la estación del funicular, donde Peter Speer iba a tomar una cabina para retornar al Eckbauer. Así, sin querer, implicó Helmut Vogel al banquero.

Luego, cuando lo creyó oportuno, el coronel enfundó su pistola y sacó su navaja. Sin darle ninguna explicación al sorprendido industrial, le atacó salvajemente. Aquello debía parecer la obra de un demente, de un psicópata que se había ensañado con su víctima. Después, se alejó procurando borrar sus huellas hasta la estación del tren.

Lo de Gerd Meisner había sucedido también imprevistamente. Por un pequeño y estúpido detalle. Por un paquete de cigarrillos.

Ruth Jara se había quedado con su paquete de cigarrillos precisamente la noche del viernes, durante la cena, de una forma inconsciente. Como de igual forma, más tarde, durante la reunión, pasó al bolsillo del coronel Vogel.

Gerd Meisner tenía una forma muy particular de abrir el paquete de cigarrillos, rompiendo todo el precinto superior y dejando todas

las boquillas al aire.

Y su buena vista le llevó a darse cuenta la tarde del sábado, allí en el Depósito, que Helmut Vogel llevaba su paquete, cuando éste ofreció a los presentes. Era el paquete que debía tener su novia. Para asegurarse, la interrogó hábilmente. Ella no lo supo encontrar y se excusó diciendo que ya lo había gastado. Pero eso era prácticamente imposible. Él sabía que Ruth no fumaba mucho y el paquete estaba casi lleno. Todo esto les llevó a una violenta discusión, y luego ella, tras la cena, le convenció —a pesar de que él declaró tener una cita importante—, para llevarle en el coche y que pudiera entrevistarse con Helmut Vogel, quien le daría explicaciones. Se trataba de un asunto de alto secreto, que tenía que ver con el antimilitarismo en la universidad, donde él sabía que ella era una «líder» importante. Al fin accedió, olvidando la cita con Adolf Müller. Y eso le costó morir.

Estaban ya todos reunidos.

—Bien —exclamó Horst Steddin, satisfecho, mirándoles uno a uno—. No hemos podido atrapar a Udo Kaszner, ustedes no parecen dispuestos a decírnoslo, pero estoy contento con la captura de todos ustedes. Los importantes son ustedes... Hetty Finckel, abogado, ayudando al terrorismo con su posición y estudios. Peter Speer, banquero, proporcionando los medios económicos. Ruth Jara, universitaria, trabajando el ambiente juvenil universitario, colocando semillas para obtener jóvenes militantes. Helmut Vogel, coronel de la Bundeswehr, buscando apoyo entre sus compañeros, supongo que con la ilusión de que cuando todo esto estalle, gracias a los locos suicidas que manejan, poder tomar el poder en un rápido golpe de estado. E imagino que muchas otras personas que ahora desconocemos. Está claro que Udo Kaszner y sus fanáticos correligionarios sólo sirven para el terror callejero y vivir a salto de mata; son los que les preparan a ustedes el camino. En el fondo no son más que pobres diablos, vulgares criminales, que más tarde o más pronto caerán, sobre todo si acabamos con gentes como ustedes, que les sirven de apoyo y de ánimo. En fin, parece mentira, señora Vogel que usted también pertenezca a esta organización, y sobre todo que haya consentido esos crímenes...

—La causa no conoce el sentimentalismo —declaró muy solemne.

—Espero que quienes les juzguen, tampoco. Aparte de los asesinatos, serán acusados de conspiración criminal contra la República Federal. ¡Pueden llevárselos!

EPÍLOGO

Fue una tarde de perros, trabajando sin descanso, elaborando informes.

—Éste es el trabajo que más odio —decía una y otra vez el inspector Steddin, mientras la agente Hein sonreía, comprensiva.

El comisario Uwe Mittermaier les recibió en su monumental despacho al anochecer, cuando ya apenas se podían tener en pie y la cabeza les daba vueltas.

—Ha sido un gran trabajo —les palmeó la espalda—. Y ahora deseo que me pongan al corriente y me entreguen todo el *dossier*, que supongo ya han terminado. Tengo para dentro de dos horas una reunión con la prensa, y mañana por la mañana, otra con superiores que vendrán de München. Éste ha sido un caso de envergadura. De verdad que estoy muy orgulloso de ustedes dos. Celebro tenerlos en mi equipo. A usted, Steddin, le conozco desde hace unos años y siempre dije que prometía. Llegará lejos, ya lo verá... Sí, va a ser un bombazo sensacional. Los detenidos no son moco de pavo. Tampoco sus intenciones, de corte político, que es ahora lo que más se lleva. ¡Vamos, por favor, pongámonos al asunto!

Se pusieron.

Una hora más tarde, va en la calle, la agente Hein le preguntó al inspector Steddin:

—¿Vas a consentir que el comisario, sin moverse del asiento se lleve toda la gloria?

—Es el jefe. Y algo han de hacer los jefes. Si los laureles, las medallas, los banquetes de honor, los discursos de alabanza fueran también para nosotros, ¿para que estarían ellos?

—¿Así que te parece bien?

—A mí sólo me parece bien hacer el amor. Recuerda que nos ha dado un par de días libres, los días que no le conviene que aparezcamos por aquí, ya que querrá encargarse personalmente de

las visitas importantes. ¿Vamos?

Ella dijo que sí. Comenzaron a caer los primeros copos de nieve. Garmisch seguía siendo una pequeña ciudad alpina encantadora.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

NOTAS

[1] No hay que confundir las estaciones. Una, la Haltestelle Kainzenbad, es la estación del tren y se encuentra justo enfrente del Skistadion, a unos ciento cincuenta metros aproximadamente. La otra, la estación del funicular (llamado Eckbauerbahn), se halla al lado del Skistadion, en su ala oriental. < <

[2] Ejército alemán. < <